héroes del ESPACIO

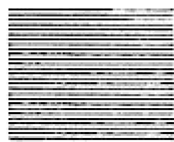
NOVELAS ECSA

PRISIONEROS DEL ENIGMA

ROCCO SARTO

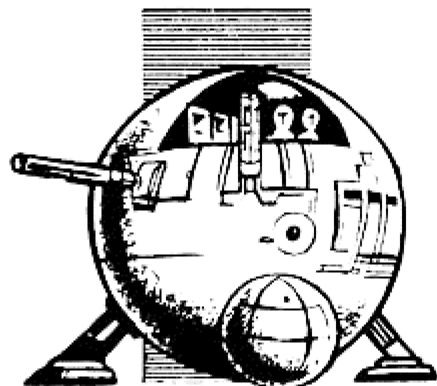


SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

126 — *Enviados del Cosmos,* Law Space
127 — *La invasión de las esporas,* Elliot Dooley
128 — *Cofradía de asesinos,* A. Thorkent
129 — *Kirgon: conquistar la Tierra,* Adolf Quibus
130 — *Aventureros del infinito,* Law Space
131 — *Pescando planetas,* Lucky Marty

ROCCO SARTO

PRISIONEROS DEL ENIGMA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 132
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 30.069-1982

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

**Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23**

**Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982**

CAPITULO PRIMERO

Era un día muy especial. Mike Harvest saltó de la cama y se desnudó con rapidez. Sólo eran las seis de la mañana, pero no deseaba tener problemas con el tránsito de la autopista.

Se duchó con agua caliente y, en el último momento, abrió al máximo el grifo del agua fría y permitió que su cuerpo recibiera la andanada helada. Su corazón aguantó el impacto y se sintió mejor. Había disipado las telarañas de la noche.

Se vistió con un tejano nuevo, botas de cuero, una camisa azul y la cazadora de ante que lo identificaba como si fuese un apellido más. Antes de salir cogió un maletín y se echó sobre los hombros el abrigado gabán militar cargado de bolsillos.

Una capa de nieve finísima cubría el jardín mustio del invierno y parte de la calzada. Las máquinas limpiadoras ya habían pasado muy temprano amontonando su carga de hielo sucio junto a los bordillos de las aceras.

Respiró con fruición el aire helado y se dirigió al garaje.

Abrió la puerta, se introdujo en el coche tras el volante y puso el motor en marcha. Era un buen automóvil, un «jaguar» de la década de 1980, y a pesar de que tenía ya más de quince años continuaba siendo un modelo único, de una tecnología fiable y eficaz.

Salió a la calle y cerró el garaje con el dispositivo electrónico instalado junto al volante, en el salpicadero.

A las siete menos cuarto de la mañana el sol todavía luchaba por vencer al horizonte y elevarse hacia el cénit.

Prácticamente no había nadie en las calles.

Enfiló hacia el sur y, dos manzanas antes de coger el acceso de la

autopista, detuvo el automóvil junto al Red’s Bar. Como siempre, había allí varias camionetas de reparto y algunos camiones de larga distancia. El bar del viejo Red era el único que permanecía abierto toda la noche y en el que podía engullirse un bocado de verdadera comida y no esos alimentos prefabricados que caracterizan a los *drugstore.*

Dejó el «Jaguar» y entró en la cálida atmósfera de la cafetería. Se sentó en el extremo de la barra, saludó a los parroquianos y aguardó a que Rita viniese contoneándose en busca del pedido.

Red le guiñó un ojo desde la cocina y Rita avanzó sonriente como una modelo en la pasarela que la llevará a la fama.

Hola, encanto —dijo la chica.

Era graciosa, sinuosa, hermosa y, según las malas lenguas, libidinosa.

Mike le tenía un inmenso aprecio y jamás le había hecho ninguna proposición, por lo que sus encuentros con la bella mexicana parecían un duelo continuo, sugestivo y sensual.

Rita, vuelve al extremo de la barra y regresa nuevamente hacia mí.

Ella rió.

—¿Por qué?

Porque ese contoneo tuyo hace que mi sangre se dispare y los científicos necesitamos una continua irrigación cerebral.

¿Sólo por eso?

¿Qué creías? Soy un hombre respetable y circunspecto. Jamás haría nada que pudiese molestarte.

La voz de Mike era la de un cachorro juguetón.

Ella continuaba riendo.

—Hazme un favor, guapo.

Lo que sea, primor.

—Sé malo conmigo, dime algo que me moleste, aunque sólo sea por una vez, ¿vale?

Sus ojos negros brillaban fulgurantes,

Mike acercó su rostro al de la muchacha mexicana y con voz enronquecida dijo:

Café, huevos con *bacon* y tostadas.

Ella lanzó una carcajada, le cogió la cara con sus manos morenas y lo besó en la frente.

Sí, señor —dijo en voz alta para que todos los demás pudiesen oírla —, todo un caballero.

Se echó hacia atrás la melena oscura y fue en busca del pedido.

Mike encendió un cigarrillo.

Era el gran día.

Dentro de dos horas, a las nueve de la mañana aproximadamente, regresaría a la Tierra la primera nave espacial que había recorrido el espacio exterior durante dieciocho meses consecutivos.

Aquella experiencia lo llenaba de emoción. El hombre había conseguido permanecer fuera de la calidez de su planeta convulsionado durante un año y medio. Era increíble y el proyecto que lo había hecho posible contaba con su aportación fundamental.

Mike Harvest era ingeniero médico del Centro de Investigaciones Espaciales de Great Falls, en el estado de Montana. Su cometido era el de verificar las respuestas humanas ante la soledad del espacio en viajes de larga duración. Cuatro hombres y una mujer regresaban en aquel momento del confín del universo. Tendría material de trabajo para muchos meses y se sintió especialmente excitado por la tarea que le aguardaba.

Rita depositó ante él la bandeja con el desayuno y se acodó en la

barra.

Mike sacó un cigarrillo de su bolsillo y lo colocó entre los labios de la muchacha.

—¿Quieres fuego, primor?

De tu corazón, amigo —replicó ella como Marlene Dietrich en *El ángel azul.*

Mike acercó la llama del mechero al extremo del pitillo y ella aspiró profundamente.

—Vamos, Rita, no te olvides de mí —gritó Red desde la cocina.

Ella guiñó un ojo a Mike y se alejó con su paso ondulante.

El café era exquisito, y el *bacon* y los huevos estaban en su punto. Comió mecánicamente, con la cabeza muy lejos de allí, sujeta a los momentos que viviría en un par de horas.

Se miró en el espejo que pendía sobre la barra y se pasó la lengua por los dientes.

Vio un rostro amable y duro, ojos oscuros y cabellos castaños algo rebeldes y demasiado largos. En las sienes comenzaba el proceso que encanecía sus temporales otorgándole un aspecto prematuramente envejecido.

*

Rita, ¿crees que estoy viejo?

¿Qué edad tienes?

—Treinta y ocho.

Pues... yo podría rejuvenecerte para siempre.

iba a cazar a las montañas para luego descender en piragua por los rápidos.

Su vida tenía un extraño orden. Minuciosidad científica, sedentarismo y reflexión en un setenta por ciento, y avidez de movimiento, necesidad de emoción y aventura en el treinta restante.

Saludó a Red desde la puerta y corrió hacia el «Jaguar», Volvía a nevar.

*

El Centro de Investigaciones Espaciales de Great Falls había sido inaugurado cuatro años atrás, exactamente el 12 de noviembre de 1992. Su principal objetivo consistía en llevar a cabo todos los programas científicos vinculados a la respuesta humana frente a las eventualidades de los vuelos prolongados.

Mike Harvest dirigía el equipo de ingeniería médica y, aunque su aspecto y edad no eran las que podrían preverse en un científico con tamaña responsabilidad, lo cierto era que su brillante trabajo había conseguido éxitos asombrosos en el campo de la adecuación psico-física del astronauta al medió ignoto del espacio exterior, a la soledad continua y silente de los viajes prolongados y, fundamentalmente, la adecuación operativa a la labor de equipo que deben desempeñar los integrantes de una expedición, sometidos a ingentes tensiones y obligados a convivir en unos pocos metros cuadrados.

Detuvo el automóvil ante el portón de entrada y sacó el brazo por la ventanilla para introducir su credencial en el terminal del computador. Los portones se abrieron y Mike recuperó su tarjeta de identificación.

Dos guardias armados lo saludaron desde una torreta protegida y se dirigió hacia la segunda fase de control. Una cámara de televisión registró su rostro y un sensor dactilar reconoció las huellas de su pulgar izquierdo.

Una segunda guardia lo saludó al pasar y aparcó el coche junto al edificio principal del Centro.

Eran las ocho y media de la mañana y el cielo se teñía rápidamente de gris perla.

Todavía tenía quince minutos.

Fue hasta su despacho, saludó a sus tres colaboradores y se dejó caer delante del computador.

Durante diez minutos verificó los datos generales del aterrizaje y confirmó la exactitud de su previsión. La nave, una inmensa plataforma de experimentación y almacenaje denominada «Argos», regresaba con absoluta precisión en el tiempo programado.

Aquella exactitud daba validez a todos los cálculos planificados durante los últimos dieciocho meses.

Se retrepó en su butaca y miró los datos de la pantalla como si repentinamente detectara algo que antes no habla percibido. Recorrió velozmente con la mirada cada guarismo y se convenció de que todo estaba en orden.

Faltaban quince minutos para el aterrizaje.

Salió de su despacho y se encaminó a la sala de mando.

El nerviosismo era una actitud generalizada. Un ejército de técnicos, especialistas, operarios y autoridades militares y científicas pululaba por el Centro como una maquinaria perfectamente aceitada.

Mike buscó al doctor Kreimer y detectó su, figura esmirriada y vencida junto al tablero de situación. A su lado vio al general Druger y a su ayudante, el coronel Bertley.

—Buenos días, doctor —saludó.

Hola, hijo, ¿has verificado las constantes?

Sí, doctor. Vengo de mi despacho.

Estupendo. Conoces al general, ¿verdad?

Sí.

—¿Cómo está, doctor? —saludó el general con una voz seca y enérgica.

A Jeff no le gustaba aquel tipo. Tenía fama de halcón, es decir, uno de los integrantes del sector duro del ejército, interesado en el predominio norteamericano en todas las áreas, fuese como fuese.

El coronel Bertley tenía diez años menos que el general y daba la impresión de ser un admirador de Patton. SÍ hubiese nacido setenta años antes sus estatuas decorarían los parques de todas las academias militares.

—Soy el coronel Bertley, doctor —dijo el hombre tendiéndole la mano.

—Ya nos conocemos, coronel —replicó Mike—, Fue hace dos años en Washington. Yo defendía la tesis de que ustedes los hombres de armas deberían limitarse a controlar las cuestiones de seguridad, en Cabo Cañaveral, y permanecer al margen de las investigaciones científicas a menos, claro está, que ustedes mismos fuesen científicos.

El coronel recibió el golpe con una expresión impenetrable.

El doctor Kreimer sonrió y movió la cabeza hacia uno y otro lado,

—Vamos, hijo —dijo a Mike—, sólo faltan cinco minutos.

Todos se volvieron hacia la pantalla de situación. La nave «Argos» era perfectamente visible.

—Se retrasa —dijo el doctor Kreimer,

Mike corrió hacia la computadora y comenzó a teclear en ella con rapidez.

Al cabo de un minuto tuvo la respuesta.

Ha reducido la velocidad a un tercio —anunció.

¿Por qué no se establece comunicación radial con la tripulación? —preguntó el general,

Porque hace seis horas que están recluidos en cápsulas especiales para neutralizar el choque con la atmósfera y el efecto de la desaceleración —explicó pacientemente el doctor Kreimer.

—¿Hay algún desperfecto? —inquirió el coronel.

—Es pronto para decirlo, aunque es algo muy irregular. La nave ha sido programada desde la Tierra hace dieciocho meses —agregó Mike.

¿Entonces…? —insistió el general.

Puede haber cien explicaciones, general —dijo Mike, irritado.

El doctor Kreimer hizo señas a Mike para que conservara la calma y se volvió hacia los militares.

General, puede haber un desperfecto en la nave. La tripulación puede haber modificado la programación apelando a la iniciativa de su comandante por alguna razón que él estimara seria y también... —la voz de Kreimer pareció diluirse en el hilo de sus pensamientos — y también puede haber ocurrido algo que ignoramos.

¿Quiere decir que...? —comenzó a decir el coronel.

Quiere decir —intervino Mike con fastidio— que no lo sabremos hasta que la nave haya aterrizado. Y ahora, caballeros, si son tan

amables, busquen sus asientos para presenciar el aterrizaje.

Un brillo asesino atravesó las pupilas del coronel Bertley, pero Mike estaba demasiado preocupado para detectarla.

—Vamos, coronel, dejemos trabajar a nuestros científicos —ordenó el general.

Mike reconoció una leve ironía en la frase «nuestros científicos», pero no se dio por aludido.

Aquella lentitud del «Argos» era absolutamente improcedente y aunque sus causales podían ser numerosas, lo cierto era que no acertaba a dar con una explicación hipotética que le permitiera establecer un programa de emergencia.

Todos parecían pendientes de la nave y el silencio sólo era interrumpido por la voz metálica que realizaba la cuenta atrás.

—Doctor —dijo Mike—, esto no me gusta. Mire las coordenadas direccionales.

No son las establecidas —dijo Kreimer.

Algo está ocurriendo allí y no depende enteramente de la tripulación.

—¿Qué quieres decir?

Que no pueden controlar las coordenadas desde las cápsulas de seguridad.

—Mort puede haberlo hecho antes y programar la alteración del rumbo —insinuó Kreimer.

—No, doctor —aseguró Mike—, El comandante Mort no puede haberlo hecho porque nosotros hubiésemos sabido entonces cuál era la causa de la alteración. Y seis horas atrás podían comunicarse con nosotros y nos hubieran informado inmediatamente semejante decisión. No, doctor, es otra cosa, algo que…

¡Ha desaparecido! —gritó un técnico.

Mike se volvió hacia la pantalla.

En efecto, la nítida imagen del «Argos» ya no estaba en el cuadrante correspondiente. La pantalla estaba vacia.

¡Es imposible! —dijo el técnico operando frenéticamente los controles del radar.

Hay que llamar a la Fuerza Aérea —gritó el coronel Bertley.

Mike Harvest lo fulminó con su mirada.

—Nadie se moverá de aquí hasta que no verifiquemos todos los datos —dijo el doctor Kreimer,

Los militares, todavía de pie, parecían a punto de estallar.

—Ha desaparecido pero continúa allí, en algún sitio. Si se hubiese desintegrado todavía detectaríamos los efectos del estallido o de lo que fuese. Sé que está allí y…

Una explosión, doctor —dijo el técnico que había anunciado la desaparición de la nave.

¿De qué magnitud? —preguntó Mike.

Es… es increíble, doctor. Es una explosión equivalente a dos mil megatones.

¿Qué dices, Bob? Estaríamos dando vueltas como peonzas si fuese cierto —intervino Kreimer.

El llamado Bob verificó los datos y luego se apartó para que Kreimer pudiese leerlos.

—¿Qué es esto? —murmuró el científico.

Mike se devanaba los sesos buscando una explicación.

Todas las miradas del equipo de control estaban clavadas en ellos y podía percibir la ira de los dos militares, su necesidad de pasar a la acción, cualesquiera fuesen los resultados de su actitud.

Un momento —dijo Mike.

¡En qué has pensado? —le urgió Kreimer.

—Esa explosión… indudablemente ha tenido lugar en el sitio donde se encuentra el «Argos» y, sin embargo, no hemos sentido sus efectos en la Tierra.

—Continúa —lo alentó Kreimer.

El general Druger se acercó al joven científico.

—Tal vez… sí, no puede ser de otro modo —dijo Mike—, esa explosión no se ha producido exactamente en nuestra dimensión.

CAPITULO II

La voz metálica e impersonal continuaba inalterable la cuenta atrás. Sólo faltaban dos minutos para que el «Argos» entrara en la última fase del aterrizaje.

Mike Harvest miró la plataforma dispuesta a doscientos metros de distancia y todos los servicios de seguridad del Centro. El cielo parecía desierto y la mañana gris se había abierto mágicamente. Ya no nevaba y el sol flotaba cándidamente en un horizonte azul,

—¿Dónde diablos está? —estalló el general Druger.

Mike y todos se hacían la misma pregunta.

La pantalla de situación continuaba vacía.

Los efectos de la explosión eran nulos en la superficie de la Tierra y su poder había sido detectado por todos los observatorios occidentales.

La tensión crecía como una marejada súbita y a pesar de la temperatura estable un sudor frio recorrió la espalda de Mike.

¿Qué piensas, hijo? —preguntó el doctor Kreimer.

—Tal vez un *punto blanco* —dijo Mike.

El doctor lo miró inquieto.

Rara vez perdía la calma, pero también era cierto que nunca antes se había enfrentado con una situación tan atípica.

¿Un *punto blanco*? —repitió, analizando la posibilidad.

Tal vez —repitió Mike.

—Jamás hemos detectado ninguno de ellos aquí mismo, en Montana —reflexionó Kreimer en voz alta.

No sabemos gran cosa de ellos, doctor. Las opiniones sobre su existencia, incluso, están muy divididas.

¿De qué diablos están hablando? —rugió el coronel Bertley—. ¿Qué son los *puntos blancos*?

Son puntos de energía móvil, muy poderosos e itinerantes —dijo Kreimer.

No lo entiendo, doctor —reconoció el general.

Se lo explicaré sencillamente, general —terció Mike—: imagínese un punto de varios kilómetros de diámetro viajando por el espacio. Tiene la misma apariencia que el resto del espacio por lo que no es visible, pero lleva una carga de energía monstruosa, imposible de cuantificar. Ese punto, por alguna razón que desconocemos, conserva su energía compactada y de pronto… algo ocurre que lo hace modificar en su composición y entonces estalla, es decir, modifica su configuración energética.

Mike miró a los militares.

—Continúe —lo alentó el coronel, sorprendentemente humilde.

Bien, Ese punto, además, es como una ventana, como si operara como un ojo de buey en el espacio.

¿Qué hay del otro lado? — inquirió el general.

Lo ignoramos, tal vez otra dimensión.

—¿Por qué otra dimensión?

El coronel parecía fascinado por aquella información.

Porque en las ocasiones en que hemos detectado uno de esos *puntos blancos*, y los rusos también lo han hecho, y se han producido explosiones, su magnitud no ha afectado a nuestro universo y ello es imposible... a menos que las consecuencias de la explosión no se

produzcan en... esta dimensión.

Mike miró al doctor Kreimer.

—Eso es todo —aseguró Kreimer.

Los ojos del general Druger se perdieron en hondas posibilidades fulgurantes.

¿Qué ocurriría si el hombre pudiese controlar esa energía? —preguntó por fin.

—No habría más problemas energéticos durante millones de años, general respondió Kreimer.

Mike podía presenciar el trabajo forzado de los engranajes de la mente militar del general.

Interesante —dijo pensativo—, muy interesante,

Mike sonrió.

—Esa energía podría afectar de un modo impredecible a un ser humano, general. Y eso en el caso de que sobreviviera a su irradiación. No estamos en condiciones de considerar la posibilidad de «apresar» un *punto blanco*. Incluso podríamos desequilibrar el orden del universo, anular la relación interdimensional.

Mike se detuvo. El general estaba mirándolo fijamente, pero pensaba en otra cosa. Aquella energía en manos de un gobierno podría ser un arma definitiva.

—Detecto una extraña aglomeración de energía, doctor — dijo Bob.

¿Dónde? —preguntó Kreimer.

Mike comenzó a operar su propio terminal.

La explosión resultó igualmente brutal en las pantallas, pero ningún efecto fue percibido más allá de los sensores del ordenador.

Allí está el «Argos» —dijo Mike, localizando la nave en la pantalla

de situación.

No se sintió sorprendido. De algún modo sabía que la nave reaparecería.

El doctor Kreimer se rascó el cuero cabelludo.

No descenderá en la base —dijo finalmente.

No — asintió Mike, y tecleó en su terminal.

Un plano de Montana, por sectores, apareció en la pantalla. Mike realizó un cálculo aproximado considerando las nuevas coordenadas direccionales de la espacionave y las verificó dos veces.

Caerá en el sector cuatro, a unos cien kilómetros al nordeste: en la zona montañosa — informó por último.

reflexionó el doctor Kreimer.

Yo cogeré el helicóptero, doctor —propuso Mike.

El ejército se ocupará de aislar el área —dijo el general Druger.

General, por ninguna razón debe acercarse nadie a la nave hasta que el equipo de emergencia realice su inspección, ¿me ha comprendido?

Durante un largo momento el general observó con mirada penetrante al joven científico, luego su expresión pareció relajarse y Mike agregó:

Es la primera vez que una nave es sometida a la potencia energética de un *punto blanco*, no sabemos cómo ha conseguido salir de él, supongo que la segunda explosión la expulsó, pero de cualquier manera ignoramos cuáles han sido los efectos sobre la tripulación. Hasta tanto no estemos absolutamente seguros de que la nave y los hombres que hay en ella no revisten peligro alguno para la vida en la Tierra, no tomaremos ninguna medida. ¿He sido suficientemente claro?

Está bien, doctor —reconoció el militar—, no deseo ser el causante

de una tragedia, pero el ejército debe tomar cartas en el asunto. A fin de cuentas se trata de algo que afecta o puede afectar al interés nacional. Es un problema de defensa.

«Todo es un problema de defensa para ti, general», pensó Mike, pero permaneció mudo.

Los militares salieron disparados del centro de mando.

—Lleva un equipo manual de emergencia —sugirió el doctor Kreimer—, y armas.

—¿Armas, doctor? —preguntó Mike, auténticamente sorprendido.

¿Qué sabes tú con lo que te encontrarás allí?

—Creo que usted está pensando en algo, doctor. ¿Qué es?

He pensado en los efectos de las radiaciones en el hombre. Individuos sometidos a radiactividad, seres humanos que padecieron las explosiones despreciables de Hiroshima y Nagasaki. Los procesos de degeneración que los afectaron no tenían ningún precedente.

Mike comprendió.

El doctor Kreimer continuó con su hipótesis:

—Esta fuente energética de los *puntos blancos* puede haber convertido en cenizas a los tripulantes del «Argos».

La nave parece intacta, doctor,

La nave sí; pero ¿qué sabemos de las radiaciones del *punto blanco*? No podemos considerarlas según los antecedentes de radiaciones similares. Sería absurdo.

Está bien. Llevaré armas.

Procura no utilizarlas, pero no deseo que corras ningún riesgo innecesario.

Aguardaré a que llegue usted con el equipo completo, doctor.

Está bien. Vete ya, hijo.

Mike corrió hacia el helipuerto del Centro. Se vistió con un mono de vuelo y se puso sobre él su gabán del ejército. Cogió un fusil corto, varios cargadores, un cinturón con un puñal y la pistola reglamentaria del calibre 45.

El helicóptero estaba dispuesto para la partida. Era un pequeño insecto monoplaza de gran autonomía y vuelo ágil. Especial para expediciones de salvamento y observación en zonas inaccesibles.

Se ajustó el cinturón de seguridad y puso en marcha el rotor. Un minutos más tarde se elevaba velozmente y ponía rumbo nordeste.

Su cerebro era un pandemónium. De no haber sido por ese maldito *punto blanco* ya estaría analizando los efectos psicofisiológicos del viaje en sus tripulantes. Sin embargo, la idea de enfrentarse a las consecuencias de aquellas explosiones tremendas, la idea de ser el primer científico que habría de enfrentarse con un enigma discutido, lo excitaba de un modo incontrolable.

Miró el altímetro: doscientos metros. La velocidad: ochenta millas. El viento lo acompañaba y el cielo continuaba azul, límpido como si una mano gigantesca hubiese barrido las nubes. Sin embargo, hacia el nordeste, frente a su máquina, podía divisar la inconfundible formación de un nuevo frente tempestuoso.

Confió en llegar al sitio del aterrizaje antes de que la tormenta se descargara en el área y, por fin, confió en que el «Argos» no se hubiese despedazado en un terreno por demás irregular.

La nave estaba diseñada para aterrizar en cualquier terreno, pero bajo la conducción directa del comandante, y no en base a los datos fijos de la computadora.

No valía la pena anticiparse a los hechos.

Aferró con fuerza las palancas de mando y se obligó a pensar en los pasos que daría cuando llegara al sitio del impacto.

*

Conocía el área. Montañas, ríos torrentosos y laderas más o menos pronunciadas salpicadas de rocas multiformes, El «Argos» llevaba un sistema de señales cuyas ondas podían ser detectadas en una frecuencia especial por el ordenador del Centro.

En el equipo portátil de emergencia, Mike llevaba un terminal capaz de detectar aquellas ondas específicas.

Las advirtió en seguida.

El pequeño helicóptero voló directamente hacia el área prevista.

La tormenta se hinchaba de un modo portentoso y de no haber sido por la misión absolutamente especial que lo motivaba, Mike hubiese buscado refugio y aguardado a que todo pasara: lluvia, nieve y viento feroz.

Llevó el helicóptero hacia el centro de las señales y comprobó que éstas provenían de un profundo barranco, sumergido entre varias laderas nevadas en las que afloraban las coníferas pálidas como petrificados supervivientes del invierno.

Descubrió varios helicópteros del ejército aposentados como avispones verdes contra la planicie blanca y numerosos soldados ocupando sus puestos de combate.

Para el ejército se trataba de un operativo de rutina, sólo porque todos ignoraban cuál sería la novedad de aquellas acostumbradas maniobras.

Lo saludaron desde tierra.

A lo lejos, en las montañas, divisaba las luces de los coches que se sumergían en la opaca presencia de la tormenta.

Se introdujo en el barranco, y tras dos kilómetros de recodos y accidentes divisó el «Argos».

Estaba perfectamente erguido, como si en verdad se hallara sobre la plataforma que lo había estado aguardando durante dieciocho meses.

Había una cierta expectación en todo el paisaje que parecía acompañar el enigma de aquellas explosiones y del descenso fuera de lugar.

Mike sobrevoló la nave y su contador de detección radiactiva no reveló ninguna energía anormal.

De todos modos, confirmó aquellos datos volando todavía más bajo.

Nada.

De no haber sido porque el «Argos» había desaparecido momentáneamente en un *punto blanco* y luego perdido su dirección prevista, se diría que todo el experimento espacial había culminado perfectamente. Sólo el descenso había resultado incorrecto.

Descendió con el helicóptero junto a la nave, a unos cincuenta metros de distancia, se desabrochó el cinturón de seguridad, abrió la portezuela, cogió la mochila y el fusil y saltó al suelo. Sus piernas se hundieron hasta las rodillas en la nieve.

Echó a andar hacia la nave.

La tormenta sobrevolaba las montañas y el viento se hacía sentir cada vez con mayor violencia. Los pinos cercanos comenzaban a doblarse bajo el imperio de la borrasca y la nieve volaba en todas direcciones, arremolinándose a gran altura.

Mike sujetó con fuerza el fusil y avanzó hacia el «Argos». Se sentía observado y, a la vez, totalmente solo.

Abrió la mochila junto a la estructura tibia de la nave y aplicó al

fuselaje indestructible un detector del equipo de emergencia que llevaba.

Todas las respuestas fueron normales.

Se sintió aliviado, tal vez...

Su alivio desapareció de golpe. Avanzó unos pasos flanqueando la nave y entonces las vio...

Eran huellas. Huellas de dos pares de pies que se alejaban a grandes zancadas en dirección al extremo de la hondonada.

Miró en aquella dirección, pero no pudo distinguir absolutamente nada. Levantó la vista y vio la compuerta de acceso al «Argos» abierta de par en par.

Se asió a la escalerilla y comenzó a ascender.

Lo primero que percibió fue un olor penetrante y ácido. Un extraño olor a quemado.

Todas las escotillas hasta la cámara de control de la nave estaban abiertas.

Mike avanzó con sigilo, el arma dispuesta, aunque no sabía exactamente cuál sería el peligro con que podría enfrentarse.

Las huellas podrían pertenecer a dos de los cinco astronautas que habían ido en busca de ayuda. No. La idea era absurda. Ellos sabrían que en cualquier momento llegaría una partida de socorro.

¿Por qué diablos se habrían largado? ¿Y quiénes eran los ausentes?

Entró en la cabina de control. El olor era allí más fuerte y desagradable.

Las cinco cápsulas de prevención estaban alineadas junto a la pantalla del computador.

Caminó hasta la primera de ellas. Estaba vacía. La cobertura plástica habla sido levantada y su ocupante no estaba allí.

La segunda presentaba el mismo aspecto.

«Son los dos que se han marchado», reflexionó Mike.

Las otras dos cápsulas eran, el origen del hedor. Por alguna razón las coberturas habían desaparecido y los cuerpos de dos de los astronautas continuaban allí. Sólo que no presentaban el aspecto de haber sido humanos alguna vez. Eran una pastosa conformación alargada, ennegrecida y humeante. Estaban calcinados, y si pudiesen ser recogidos y pesados no superarían entre ambos los seis o siete kilos.

Mike se cubrió la nariz y evitó el sentimiento de amargura, asco y desesperación que amenazaba con embargarlo.

Se dirigió hacia la quinta cápsula.

Continuaba intacta, pero la cobertura aparecía ensombrecida de modo que no podía ver en su interior.

Respiró profundamente y el aire malsano llenó sus pulmones, tosió y estuvo a punto de vomitar.

Cuando se repuso buscó el sistema manual de apertura y lo accionó. La cobertura se abrió y se encontró con el rostro maravilloso de Brenda Barrel que lo observaba con serenidad.

Tenía los ojos muy abiertos y sonreía. Su cuerpo juvenil y enfundado en el mono de vuelo revelaba sus formas atractivas. Mike se sorprendió pensando en la sensualidad del cuerpo y el rostro de la muchacha en un momento patético como aquél,

¿Brenda? —dijo finalmente.

Ella pareció recobrar la lucidez. Sus ojos brillaron de un modo diferente y la sonrisa se congeló en sus labios.

Parpadeó.

Mike le cogió una mano y la muchacha volvió a sonreír.

¿Eres tú, Mike? —preguntó incrédula,

Tranquilízate. Todo ha terminado.

¿Qué dices?

Ella no parecía comprender del todo lo que ocurría.

Ya habéis aterrizado —informó Mike ayudándola a incorporarse y luego a salir de la cápsula.

Ese olor... —dijo Brenda.

—¿Recuerdas algo? —inquirió Mike.

No sé... ¿A qué te refieres?

¿Cuándo se introdujeron en las cápsulas?

En el momento convenido, seis horas antes de entrar en contacto con la atmósfera.

¿Y luego?

No lo sé, algo me despertó dentro de la cápsula. Supuse que ya habíamos llegado, pero entonces...

Se detuvo.

Continúa, por favor, procura recordar... —la alentó Mike.

Luego sentí que algo estallaba, era... la sensación de una explosión, pero sin sonido y la cubierta de mi cápsula se cubrió de tizne.

Repentinamente pareció comprender y buscó a sus compañeros por encima de los hombros del científico.

¿Dónde están Mort y los demás? — exclamó angustiada,.

Lo siento, Brenda —dijo Mike.

La acompañó hasta las cápsulas con los cuerpos agarrotados y calcinados.

¿Quiénes estaban en estas cápsulas, Brenda?

Eran Malloy y Tombsey.

—Ya.

¿Qué ha sucedido con el comandante Mort y con Carrigan?

Miraba sin comprender las cápsulas vacías.

—Creo que han conseguido salir de aquí. Vi sus huellas en la nieve.

¿En la nieve?

Mike aspiró hondo.

Escúchame bien, Brenda. El «Argos» no descendió en el Centro. Sufrió un accidente antes de entrar en la atmósfera.

¿Qué clase de accidente?

¿Estás en condiciones de comprender una explicación?

—¿Soy una científica, recuerdas? ¿Qué crees? ¿Acaso me he convertido en la huerfanita del cuento?

Mike acarició los cabellos oscuros y húmedos de la muchacha.

Ella pareció calmarse.

Lo siento, Mike. Me estoy comportando como la huerfanita del cuento. Estoy bien, algo fatigada, pero en condiciones de comprender tu explicación. Tal vez pueda ayudarte si me cuentas todo lo ocurrido.

Buena chica.

Pero, por favor, salgamos de aquí. No puedo continuar respirando esta atmósfera.

—¿Dónde están los trajes de reserva? —preguntó Mike.

Se dirigieron a una cámara y Brenda vistió un abrigado anorak blanco.

Un momento —dijo entonces.

—¿Qué ocurre, Brenda?

Las armas han desaparecido,

—¿Estás segura?

Compruébalo tú mismo.

Es verdad,

Faltan dos fusiles y dos pistolas con sus respectivas municiones —explicó ella.

Tal vez Mort y Carrigan las han cogido —sugirió Mike.

—Sí, no hay otra explicación, Pero ¿por qué se marcharon sin mí?

—El «Argos» chocó contra un *punto blanco*. Hubo una terrible explosión y desapareció de nuestras pantallas. Al cabo de algunos minutos se produjo una segunda explosión y reapareció. Su rumbo había sido alterado y yo vine aquí en cuanto pude. El ejército está rodeando toda la zona y el doctor Kreimer debe estar a punto de llegar con todo el equipo de emergencia.

¿Un *punto blanco*?

—Exacto. Sólo que las explosiones se produjeron en otra dimensión.

Brenda lo miró estupefacta.

—Comprendo —dijo y su expresión denotaba su esfuerzo por superar el horror.

¿En qué piensas?

dijo la muchacha—. Soy bióloga, Mike. Y sólo Dios sabe lo que puede ocurrir a alguien expuesto a la energía de un *punto blanco*. Imagínate, un bombardeo demencial y continuo sobre el sistema genético de un hombre, Es imposible de aventurar lo que puede haber sucedido con Mort y Carrigan.

Se volvió hacia las cápsulas donde yacían los cuerpos calcinados.

Mike comprendió lo que ella estaba pensando.

Sí —dijo—, esa energía puede haberlos convertido en cualquier clase de seres.

O no haberles sucedido nada, como a mí —añadió la muchacha.

Mike movió la cabeza hacia uno y otro lado.

No, pequeña, *algo tiene que haberles sucedido*, de lo contrario no se habrían largado llevándose las armas y dejándote aquí. Mort es un veterano, tal vez el mejor comandante del Centro. Y Carrigan uno de los más expertos científicos.

Se miraron sin verse durante algunos momentos, procurando hacerse una idea de lo que podría haberles ocurrido a los dos tripulantes evadidos.

Pero no había imaginación capaz de aventurar semejante hipótesis.

—Vamos —dijo Mike—, tenemos que hallarlos. Si dan con una patrulla los acribillarán en cuanto disparen un solo balazo.

Llama al doctor Kreimer y ponlo sobreaviso —sugirió Brenda, angustiada.

—Eso haré en cuanto salgamos de aquí.

La tormenta arreciaba y habla comenzado a nevar.

Llegaron junto al helicóptero y Mike se comunicó por radio con el doctor Kreimer. Le expuso todo lo sucedido y agregó:

Es necesario que el general Druger comprenda que no podemos matarlos. Tenemos que cogerlos y someterlos a un examen. No saben lo que hacen, pero pueden resultar peligrosos si no los tratamos.

—Hijo, seis soldados han resultado muertos —dijo Kreimer con voz apagada.

—¿Muertos? ¿Cómo?

Tres de ellos acribillados a balazos, encontramos las armas descargadas junto a los cadáveres. Pertenecen a la nave.

Mike sintió una punzada en el estómago. El doctor Kreimer continuó:

Los otros tres fueron literalmente despedazados. Como si hubiesen sido cogidos por un tigre rabioso.

¡Santo Dios! —exclamó Mike.

—Escucha, hijo. Quédate allí hasta que lleguemos, estaremos en el «Argos» en media hora. La tormenta dificulta el avance, pero lo lograremos. Y créeme, son peligrosos, muy peligrosos. Son como fieras asesinas.

Doctor, no puedo aguardarlo.

Hijo, por favor…

No, doctor. Es mi tripulación. Yo los entrené y sometí a mil experimentos. Forman parte de mi propia vida. Brenda está conmigo y está bien. Su cápsula no fue afectada. No sé cómo pudieron ser afectados Mort y Carrigan sin morir calcinados como el resto, pero continúan siendo mis hombres. Si hay que eliminarlos porque no hay más alternativa, seré yo quien lo haga.

De pronto escuchó el tono áspero y petulante del coronel Bertley en la radio:

Escúcheme con atención, Harvest, y esto es una orden. No se mueva de allí hasta que lleguemos. Su trabajo ha terminado, ahora se trata de dos monstruos y es nuestro deber cogerlos y eliminarlos. No podemos correr riesgos. ¿Me ha entendido?

Perfectamente, coronel; sólo que no pienso seguir sus órdenes.

—Harvest, si mis soldados lo ven pueden confundirlo con uno de los evadidos, con uno de los monstruos, y no harán preguntas, dispararán a matar.

No hay nada que usted pueda decir que me haga cambiar de opinión, coronel. Espero hallarlos antes y procurar conservarlos con vida. No son culpables de sus actos, están afectados por algo que todavía desconocemos.

aulló ahora la voz del general Druger.

—General, páseme al doctor Kreimer.

—¡Harvest! —gritó el general.

¡Páseme al doctor Kreimer, maldito imbécil! —rugió Mike.

Kreimer cogió el micrófono.

—Soy yo, hijo. Sé cómo te sientes, pero el general lleva toda la razón. Pueden eliminar a muchas personas antes de que tú consigas darles alcance.

—Doctor, conozco esta zona como la palma de mi mano; cada bosque, cada torrente, cada montaña. No hay muchas cabañas habitadas en los alrededores y tengo una oportunidad de alcanzarlos antes que salgan del área. Quiero que ordene la autopsia de los soldados y aguarde mi próxima llamada por la frecuencia del Centro. ¿De acuerdo?

—Ya ordené las autopsias, hijo. ¿Qué esperas hallar en ellas?

Todavía no lo sé, doctor. Pero me temo que pueden darnos alguna pista.

Cuídate, Mike.

La comunicación se interrumpió.

Brenda miraba atentamente al científico.

¿Has oído todo? —preguntó Mike.

—Sí.

Bien, creo que será mejor que permanezcas en la nave hasta que

lleguen. Yo iré tras ellos.

No, Mike.

Brenda…

Voy contigo, son mis compañeros, formo parte del equipo.

Se miraron fijamente.

Está bien, cierra la puerta, acomódate allí, en el depósito, y sostente con fuerza. Utilizaremos el helicóptero hasta que la tormenta nos lo impida.

Estamos prisioneros de un enigma, Mike.

El helicóptero se elevó verticalmente y luego enfiló directamente tras las huellas de Mort y Carrigan.

CAPITULO III

El helicóptero se bamboleaba peligrosamente cogido por encontradas corrientes de viento silbante y fusilado por la nieve helada que arrastraba la tormenta.

Por momentos resultaba nula la visibilidad y Mike se esforzaba por entrever las huellas de Mort y Carrigan, profundamente hundidas en la alfombra blanca que cubría desde hacía semanas el fondo abrupto de la hondonada.

¿Ves algo, Brenda?

Nada.

Si la tormenta no disminuye de intensidad tendremos que dejar el helicóptero.

dijo la muchacha con preocupación.

Mike se dio la vuelta para observar su rostro tenso y ceñudo,

No ha sido un buen regreso a casa, ¿verdad?

—Durante todo el viaje tuve la sensación continua de que sólo éramos una partícula de polvo en el universo, Mike. Todo estaba bajo control en la nave, todos funcionábamos como piezas bien ajustadas y eficientes, y sin embargo sentía que el «Argos» volaba como una maravilla tecnológica en un abismo tan inmenso que su importancia resultaba ridícula. ¿Me comprendes?

—Desde luego, soy el experto en medicina espacial, ¿recuerdas? Dime todo lo que experimentaste allá arriba.

—Tenía mucho que hacer, pero de todos modos sabía que la

sensación estaba allí, en algún pliegue de mi memoria, presta para salir a la superficie y aterrorizarme.

¿Y ocurrió así?

No; a medida que nos acercábamos a la Tierra dejé de sentir temor para comenzar a experimentar una creciente ansiedad. Era como si supiera que la proximidad de nuestro enloquecido planeta pudiese aportar algo de seguridad.

—¿Todos vosotros sentíais de igual modo?

—Sí, es decir… supongo que sí. Mort siempre fue muy reservado y serio. Carrigan parecía entregado solamente a su trabajo y… —se detuvo porque comprendió que estaba refiriéndose a sus compañeros, a los individuos con los que había compartido dieciocho meses de intimidad y esfuerzo en un vuelo pionero, y que ahora no eran más que muertos o seres degenerados por alguna razón todavía incomprensible.

Continúa, te hará bien —le alentó Mike.

Malloy y Tombsey bromeaban todo el tiempo para ahuyentar el fantasma del temor.

—Sí, muy propio de ellos. Dos muchachos estupendos —dijo Harvest con amargura.

—Y entonces, ¿qué es lo que ocurre? Llegamos a la Tierra y damos de lleno contra un maldito *punto blanco* y…

Un sollozo se endureció en su garganta como una piedra caliente.

—Tranquilízate, Brenda.

Sí, lo siento.

Eres una científica, querida. Hazte a la idea de que tal vez tengamos que disparar sobre Mort y Carrigan. ¿Crees que podrás hacerlo?

No lo sé.

Busca la respuesta cuanto antes. Si no lo haces no podrás acompañarme. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, no puedes cargar con una mujercita histérica mientras persigues a dos seres deformados genéticamente y eres acosado por todo el ejército de los Estados Unidos. Lo comprendo muy bien. Puedes contar conmigo.

Buena chica. Prepara dos mochilas con todo lo necesario. Tienes alimentos, agua y municiones en el compartimento de reserva. Cuando esté todo dispuesto buscaré un sitio donde dejar el helicóptero. La tormenta es cada vez más violenta y esta hondonada comienza a estrecharse en un par de kilómetros.

—¿Cómo lo sabes?

Conozco la zona, vengo a menudo por aquí.

—Ya,

Y abrígate, múdate de ropa. Hay trajes de invierno,

Brenda acomodó todos los elementos útiles en dos mochilas y se quitó el anorak y el mono de vuelo.

Mike sonrió.

Tenía un cuerpo magnífico, delgado y elástico, bronceado por las lámparas infrarrojas del «Argos». Sus senos redondos y erguidos y el pubis no delataban ninguna mancha blanca, por lo que había tomado aquellos rayos completamente desnuda.

Mike volvió a sorprenderse al pensar tan vivamente en la desnudez de la muchacha y en el impacto que le producía. Era como si aquella aventura lo llevara a asirse a hechos vitales para no perder la calma.

Eres una muchacha preciosa, Brenda.

Ella lo miró sorprendida.

¿Estás espiándome, doctor?

Por supuesto, soy un mirón.

Todavía desnuda, Brenda se inclinó hacia adelante y lo besó en el cuello.

¿Y eso por qué? —sonrió Mike.

Por ninguna razón en especial, doctor. Me gusta tu olor de hombre y hace dieciocho meses que prescindo olímpicamente de mis reclamos sexuales.

Cúbrete o cogerás un resfriado.

Brenda se vistió con rapidez. Un mono azul de dril que le quedaba grande, una camisa de corte masculino, un jersey de cuello alto color negro, las mismas botas que tenía y un abrigo del ejército similar al que llevaba Mike.

Todo listo, señor —dijo sonriendo.

Busca un gorro de lana para cogerte el cabello y cuando descendamos cierra la capucha del abrigo. La humedad destroza la salud de los más fuertes.

Ella obedeció.

Oye, Mike. He estado pensando..., ¿cuánto tiempo de ventaja nos llevaban en el momento de subir al helicóptero?

¿Y qué distancia se puede recorrer en ese término con esté terreno y bajo una tormenta despiadada?

Mike comenzó a comprender. Reflexionó un momento y realizó un cálculo generoso, situándose él como ejemplo.

Yo —dijo por fin—, que conozco el área y estoy acostumbrado a marchar sobre nieve en este terreno, no creo que hubiese podido avanzar más de cuatro kilómetros.

—Mira las huellas allí delante, Mike. ¿Cuánto hemos avanzado en el helicóptero?

Unos diez kilómetros, tal vez doce —dijo Harvest.

¡Santo Dios! —exclamó la muchacha—, ¿Te das cuenta? Han eliminado a varios soldados, algunos de ellos murieron destrozados y ahora nos llevan una ventaja considerable marchando a pie. ¿Qué opinas?

Que son una especie de superhombres — dijo fríamente.

Son algo peor que eso, Mike. Son superbestias.

No podemos continuar, Brenda. Voy a aterrizar.

La hondonada se estrechaba hasta convertirse en un pasillo de poco más de cinco metros de ancho. El viento silbaba por allí con una fuerza terrible y la visibilidad resultaba mínima.

Mike buscó un sitio protegido y finalmente halló un pequeño hueco en la ladera derecha, rodeado por troncos caídos y cubiertos de nieve,

Parece un hangar —sonrió.

Con una pericia única consiguió introducir el helicóptero en el hueco. Las paletas del rotor prácticamente rozaban las paredes circundantes. Detuvo la máquina, se quitó el cinturón de seguridad y saltó fuera.

Clavó seis estacas de cincuenta centímetros alrededor de la nave y luego tensó seis cuerdas de nylon para mantener bien afirmado el helicóptero.

Brenda saltó sobre la nieve blanda portando las mochilas consigo.

Entregó una a Mike.

—Aguarda un instante —dijo él, y volvió a entrar en la cabina.

Cuando salió nuevamente llevaba un bulto de tamaño semejante a la mochila.

—¿Qué es?

Una piragua inflable. Hay lagos y riachuelos por aquí.

Se inclinó resguardándose del viento que conseguía filtrarse en el hueco y sujetó la piragua a la mochila. Luego comprobó la carga de su fusil corto y le fijó una mira telescópica. Lo entregó a la muchacha.

Llévalo tú, es más liviano que el fusil que tengo en el helicóptero.

Cogió entonces un fusil mayor, también con mira telescópica, y verificó su carga.

—¿Tienes las municiones?

Sí.

Bien, en marcha.

Salieron de la protección de la ladera y los árboles caídos. El viento los azotó furiosamente.

Mike se volvió hacia la muchacha.

Ponte las gafas, ajústate la capucha y sígueme a un par de metros —gritó por sobre el silbido del viento.

—De acuerdo.

En media hora las huellas de Mort y Carrigan desaparecerán, de modo que tenemos que alcanzarlos antes de que eso ocurra.

Es imposible, Mike.

—Tal vez encuentren algo que los entretenga —dijo Harvest, y se arrepintió en seguida.

¡Más víctimas?

—Sé que es horrible, pequeña.. Pero es nuestra única oportunidad de darles alcance. De lo contrario podrían llegar a alguna población y entonces las consecuencias serán desastrosas.

Tal vez el proceso degenerativo que padecen sea sólo temporal —

sugirió ella.

Tal vez, pero no lo creo. ¿Tú qué opinas?

Que sería imposible según nuestros conocimientos, pero todo puede ocurrir.

Vamos, no perdamos más tiempo.

¿Qué crees que harán tus amigos militares?

Procurarán cazarlos.

—Tal vez tengan razón.

Es posible, pero sí puedo hallarlos antes intentaré darles una oportunidad.

Mike —dijo la muchacha seriamente—, Mort y Carrigan ya no son tus hombres ni mis compañeros. Son una especie de criaturas diferentes.

Harvest no respondió, se limitó a apretar el paso.

Brenda miró sus espaldas sólidas y anchas y bajó la cabeza. Una infinita sensación de tristeza invadió su cuerpo. No se dejó abatir, apretó el corto fusil contra su pecho, acomodó mejor la mochila que llevaba sujeta a la espalda, y lo siguió con decisión.

El cielo sólo podía verse de vez en vez, cuando una ráfaga más poderosa limpiaba brevemente la nieve que se arremolinaba en la hondonada.

Era un cielo gris y murmurante. Un cielo de temporal.

*

Ha sido una estupidez salir con este tiempo —dijo el hombre que armaba la tienda.

—Ya está hecho, Sam. Es inútil lamentarse. Además, la caza ha sido buena.

Preferiría estar en la cabaña comiendo judías en lata y bebiendo un whisky junto al fuego. Esto es un temporal. Puede durar semanas.

Vamos, Sam. Deja de quejarte.

Bill, reconoce que ha sido una estupidez.

—Está bien —dijo Bill—. Termina de armar la tienda y comeremos algo. También he traído una botella de aguardiente. Nos faltará el fuego, pero te aseguro que pasaremos una buena velada hablando de los viejos tiempos.

Los viejos tiempos —murmuró Sam—, ¿dónde diablos están?

Eran dos cazadores de temporada. Altos, bien pertrechados y experimentados. Habían pasado los cuarenta y conservaban el dinamismo de los montañeses acostumbrados a andar por los bosques. Las quejas eran parte del ritual para combatir el aburrimiento y mantener la sangre caliente.

Sam terminó de fijar las estacas de la tienda y echó una mirada alrededor.

Prepararé la comida —dijo introduciéndose en la tienda.

—Yo envolveré los bultos en las bolsas impermeables y los dejaré fuera. No quiero que me incomoden dentro de la tienda.

Está bien, pero date prisa. No me gusta comer solo.

—Deja de gruñir, viejo bocazas —le espetó Bill con una sonrisa.

Sam entró en la tienda y comenzó a preparar la comida en el hornillo de gas.

Sólo habían pasado un par de minutos cuando el grito le cortó la

respiración.

—¡Sam!

Salió disparado, y se detuvo obligado por el espanto.

Bill tenía la escopeta de caza entre las manos y apuntaba hacia adelante.

Frente a ellos, a quince metros de distancia, habían aparecido dos hombres o, al menos, eso parecían.

—¿Qué son, Sam? —preguntó Bill.

Las manos le temblaban ligeramente y no podía controlar la escopeta de doble cañón. .

No lo sé, son como... monstruos y están cubiertos de sangre.

Sam buscó su escopeta y regresó junto a Bill.

Los dos gigantes los observaban. Debían medir más de dos metros y medio y tenían una expresión feroz. Rostros deformados y rasgos bestiales. Llevaban monos que en algún momento habían sido blancos, pero que ahora estaban desgarrados y cubiertos de sangre. Los monos les quedaban muy pequeños y las costuras habían reventado en varios sitios.

Comenzaron a avanzar hacia los dos cazadores.

¡Alto ahí! —gritó Bill—. ¡Un paso más y disparo!

Se llevó la escopeta al hombro y apuntó cuidadosamente al pecho de aquellos monstruos increíbles.

Sam lo imitó.

Los dos seres no parecieron comprenderlo y continuaron avanzando separándose, como lobos ante una presa apetitosa.

Bill disparó y antes que el estampido hubiese desaparecido los dos gigantes estaban sobre ellos. Sam consiguió apretar los gatillos

antes de que dos garras portentosas cayeran sobre él. Vio el cuerpo destrozado del monstruo, abierto por la metralla de los disparos; vio el rostro demoniaco, aguzado y feroz, las mandíbulas fuertes y los dientes largos y filosos.

Sólo sintió el dolor desgarrante en la garganta y los dedos como punzones que se hundían en su vientre. Trató de gritar, pero no lo consiguió, su boca estaba llena de sangre.

El dolor se propagó por todo su cuerpo y sintió que el mundo desaparecía a su alrededor.

Sam vio cómo sus disparos reventaban el pecho y parte del cuello del monstruo, pero éste no se detuvo. Venía a la carrera como un lobo a la carga, sólo que corría sobre dos piernas.

Sintió la embestida y golpeó el cráneo con la culata de su escopeta antes de que el gigante enfurecido se la quitara de un manotazo.

Cayó hacia atrás y buscó el cuchillo de monte en su cintura. Consiguió extraerlo en el momento en que su espalda daba contra la tienda, arrastrándola consigo.

El monstruo cayó sobre él. Sam sostuvo el cuchillo alzado y la bestia se hundió en él merced a su propio impulso. Sólo que no pareció percibirlo. Sam abrió desorbitadamente los ojos y todo lo que pudo ver fue los dedos engarfiados que avanzaban hacia sus pupilas. Lanzó un alarido. Aquellos dedos duros y de uñas amarillentas se hundieron en las cuencas de sus ojos y penetraron en su cerebro.

Ya no sintió nada más.

*

¿Has oído? —preguntó Mike, deteniéndose.

Si, han sido disparos.

Han llegado desde allí, fuera de la hondonada.

¿El ejército? —preguntó Brenda.

No, han sido disparos de escopeta.

Se lanzaron hacia delante y hallaron un sendero que trepaba por la ladera de la hondonada.

Llegaron a la cúspide con esfuerzo tratando de orientarse. El alarido los atravesó como un sablazo.

Hacia aquel lado —gritó Mike echando a correr. Atravesaron un círculo de árboles y continuaron corriendo.

Mike se detuvo.

—Hay un claro detrás de esa estribación nevada. Quédate aquí.

—Voy contigo; te cubriré —dijo Brenda.

Avanzaron sigilosamente. Sólo se oía el viento silbando entre los árboles y el sonido de los copos de nieve al caer.

Mike hizo señas de que aguardara y avanzó los tres o cuatro metros que lo separaban de la estribación.

Echó una mirada y sintió el gusto amargo de la bilis en su boca.

Quédate donde estás — indicó a la muchacha.

Avanzó con el fusil preparado hasta el centro del claro.

Allí había dos hombres, o lo que quedaba de ellos.

Era como si una manada de lobos hambrientos los hubiese atrapado durmiendo y atacado con furia. Estaban deshechos, despedazados, con los rostros aplastados y cubiertos de sangre.

—Dios mío… —murmuró Brenda.

Quería evitarte el espectáculo —dijo Mike.

¿Quién…? ¿Cómo han podido hacer algo semejante?

Mike la miró.

Ellos han podido disparar. Uno de ellos incluso consiguió asestar una cuchillada. Mira, todavía sostiene el puñal en su mano derecha.

¿Entonces?

—Entonces es peor de lo que suponíamos. No les han podido detener y esas escopetas pueden acabar con un búfalo a la carrera,

Brenda se removió inquieta, mirando a su alrededor.

El claro estaba desierto y una serie de huellas iguales a las que habían estado siguiendo desaparecía en dirección al bosque.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó desolada.

Ir tras ellos.

¿Y si los alcanzamos?

Mike meditó un instante.

No lo sé. Simplemente no lo sé.

¿No vamos a enterrar sus cuerpos?

—No, no tenemos tiempo. Además, ellos han hecho el trabajo de los lobos: ambos han quedado completamente destrozados… incluso las cabezas separadas de los cuerpos.

CAPITULO IV

Las huellas entraban en el bosque. Mike conocía perfectamente aquellas laderas nevadas, de pendientes suaves y constantes, que albergaban a unos pocos animales preocupados por pasar el invierno. Mort y Carrigan, quienes quiera que fuesen ahora, debían dirigirse hacia el noroeste. Era la única dirección posible, a menos que pensaran —«¿pensaran?», se preguntó Mike— retroceder, y no había razón alguna para que lo hicieran.

Anduvieron enfrentándose a la ventisca durante más de media hora, silenciosos y reflexivos.

Finalmente, Brenda se adelantó y cogió a Harvest por el brazo.

Mike se detuvo y la miró.

—¿Qué ocurre?

He estado pensando —dijo la joven.

—¿Y bien?

Supón que los alcanzamos, Mike. No podemos improvisar, ya has visto lo que han hecho con esos dos pobres hombres. Antes de que resolvamos nuestra táctica los tendremos encima nuestro, devorándonos la garganta.

Lo sé. Pero esa mutación que sufren está situada en sus propios cuerpos y es posible entonces apelar a nuestros conocimientos para detenerlos.

Mike, esos dos cazadores descargaron sus escopetas sobre ellos. Uno incluso consiguió hundirle su puñal de caza. ¿Cómo haremos para que nuestros disparos sean efectivos? No consigo aclarar este punto.

Parecía serena. Abocada científicamente a la elaboración de una respuesta operativa a sus dudas. Parecía hablar de ratones de laboratorio en la reunión mensual de cátedra y, sin embargo, Mike sabía perfectamente que el proceso desesperante iba por dentro. Deseaban pensar que Mort y Carrigan no eran los mismos, y en verdad no lo eran, pero sería un momento traumático el que vivieran cuando los rostros de los dos compañeros de misión aparecieran en las miras de sus fusiles.

He pensado en algo, muchacha.

¿Qué es?

—No va a gustarte —reconoció el científico con seriedad.

Nada de todo esto me gusta y a ti tampoco, Mike. Dilo ya.

—Bien. Creo que la única posibilidad de detenerlos es mutilándolos.

La palabra fue arrastrada por una ráfaga helada, cargada de nieve, sin embargo Brenda logró escuchar perfectamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó temiendo la respuesta.

Ellos tienen un cuerpo que aparentemente es invulnerable o no habrían podido huir como lo hacen. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

Bien. Huyen a la carrera, utilizando sus piernas...

—Creo que comienzo a comprender —dijo ella de mala gana.

—Tenemos que dispararles a las piernas, a las rodillas, incluso amputárselas antes de que lleguen hasta nosotros. Es espantoso, pero no hay nada más que podamos hacer. No se me ocurre otra alternativa. ¿Y a ti?

No. Al menos no los mataremos,

—No, no lo haremos. Pero si es necesario les haré estallar la cabeza.

Tal vez continúen avanzado con el cráneo destrozado — aventuró la muchacha.

No lo sabremos hasta que no demos con ellos.

Entonces, démonos prisa. Está a punto de caer el sol —se estremeció la muchacha.

Sólo tenemos una media hora de luz antes de buscar un sitio apropiado para pernoctar. No tengo intención de que nos cacen en la oscuridad.

Tal vez el fuego los mantenga alejados —aventuró ella.

De todos modos buscaremos un buen refugio.

Anduvieron con rapidez, siguiendo las huellas profundas en la nieve.

No hay sangre —dijo Mike.

Ya lo he notado. Están muy malheridos y no hay una sola gota de sangre —repitió Brenda ensimismada.

Llegaron a la cima de la ladera y miraron hacia abajo. Una ladera exactamente igual descendía hacia un valle estrecho y cubierto de pinos. No se veía nada anormal.

Busquemos un pino sólido y organicemos un campamento en lo alto.

¿Con qué?

—Con la tienda. La desplegaremos y ataremos. Será como una plataforma suspendida. Suficiente para sostenemos a los dos.

—Tú eres el experto —dijo Brenda sin humor.

Eligieron un pino solitario, separado de los demás por un claro abierto y treparon con dificultad por las ramas cargadas de nieve. El viento había perdido intensidad, pero era helado y cortante.

A veinte metros sobre el suelo, Mike abrió su mochila y desplegó la pequeña tienda de material plástico impermeable. Buscó cuatro apoyos principales y la sujetó fuertemente. Luego hizo pasar una cuerda por debajo de la tienda realizando una especie de tejido entre las dos ramas que operaban de soportes con el fin de asegurarla por completo.

Bien, ya está —dijo a la muchacha que aguardaba en una de las ramas.

Mike se dejó caer sobre la plataforma, que cedió algunos centímetros y quedó firme.

Brenda se estiró a su lado.

Abrieron un pote de leche en polvo, la mezclaron con agua potable y agregaron una ración de cereal vitaminado.

Brenda ofreció un tazón a Mike y comieron con buen apetito, observando cómo el sol decaía rápidamente.

¿Tienes hambre? —preguntó Harvest.

No, sólo frío.

—Tengo el remedio —sonrió Mike.

Extrajo una tableta de chocolate y una cantimplora que ofreció a la joven.

Brenda mordió un trozo de chocolate y bebió un largo sorbo.

Los ojos resplandecieron en el crepúsculo.

¡Whisky! —dijo con alegría.

—Sí, sirve para mantener los huesos cálidos.

Bebieron hasta que la tableta de chocolate hubo desaparecido.

Bien —dijo Mike encendiendo los cigarrillos—, ahora procura dormir. Yo montaré la primera guardia.

¿Crees que vendrán por nosotros?

—No lo sé, pero es posible.

Ella se estremeció involuntariamente.

Pero no te inquietes, aquí arriba estaremos a salvo.

Mike desplegó la piragua hinchable sobre el cuerpo acurrucado de Brenda. Terminaron de fumar en silencio y ella cogió una mano del científico.

¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Mike?

—Tres años, poco más o menos.

—¿Crees que es un tiempo suficientemente como para que me des un beso de buenas noches?

Más que suficiente —sonrió Harvest.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Estaban fríos y pálidos.

Cuando se separaron, los labios eran dos pliegues ardidos y agitados.

Buenas noches, muchacha.

—No te alejes de mí, doctor —dijo ella, cerrando los párpados.

No lo haré, descuida.

Un minuto después dormía profundamente.

Mike se echó de bruces a su lado mirando hacia abajo por el borde de la plataforma.

Hacía frío, pero las ramas detenían el viento y estaban bien abrigados. Soportarían el clima hasta el día siguiente.

A las diez de la noche bebió un poco más de whisky y encendió el cuarto cigarrillo.

Extrajo el aparato emisor-receptor y buscó la onda del Centro. Se colocó los auriculares y pulsó el sensor de llamada.

Aquí Harvest —dijo en voz baja—. Conteste Centro.

Soy el doctor Kreimer, hijo. ¿Qué ha ocurrido?

—Estamos tras ellos, doctor. Han despedazado a dos cazadores hace unas horas. El espectáculo era estremecedor. Antes de morir descargaron sus armas sobre ellos, pero no parecen haber sufrido ningún daño. Ni siquiera hay sangre sobre su rastro.

Hubo un silencio prolongado,

Tengo el resultado de las autopsias, Mike.

La voz del doctor Kreimer era seria y contenida.

—¿Cuál es la novedad, doctor?

—Todos, los seis soldados, carecen de médula.

Mike no pudo creer lo que oía. Era tan absurdo e inesperado que pidió a Kreimer que repitiera la última frase.

Has oído bien, hijo. Les succionaron la médula.

Pero... ¿cómo es posible?

Y eso no es todo, Mike. ¿Está Brenda contigo?

—Está dormida.

Despiértala, quiero que escuche lo que voy a decirte.

Mike despertó a la muchacha y le entregó un juego de auriculares.

Le explicó brevemente la conversación sostenida hasta ese momento con Kreimer y ella lo miró atónita.

—Lo escuchamos, doctor Kreimer —dijo Mike.

Bien. Cinco soldados estaban suficiente destrozados como para

resultar imposible reconocerlos. Estaban mutilados, hechos pedazos, Pero uno de ellos no. Estaba muy lastimado en el pecho y parte de la espalda, pero conservaba intacto el cerebro y los huesos. Estaba muerto, pero más o menos entero. ¿Me escuchas?

Sí, doctor. Continúe.

—El examen patológico de las células cerebrales y espinales reveló un proceso extraordinario de recomposición de los tejidos. Ahora está en observación.

¿Qué quiere decir con que está en observación? —gritó Mike.

Quiero decir que es posible que… Vuelva a vivir de alguna manera, hijo.

¡Doctor! —chilló Brenda.

Sé que parece imposible, pero es como si el ataque le hubiese transmitido la fuerza, el potencial que tienen Mort y Carrigan, ¿comprendes?

Sí, doctor, y es terrible.

¿Una epidemia? —preguntó Brenda, temiendo la respuesta.

Una especie de contagio, como la rabia, hija. Sólo que en este caso los tejidos se recuperan con una rapidez pasmosa… —el doctor Kreimer parecía excitado y ansioso —. De no ser por las características asesinas de Mort y Carrigan diría que están en posesión del virus de la inmortalidad. Si todos los tejidos pueden reponerse automática y velozmente, entonces estamos frente al mayor descubrimiento científico de toda la historia. ¿Lo comprendes, Mike?

Sí, doctor.

—Comunícate conmigo en cuanto los hayas descubierto. No te arriesgues, pero procura…

Lo sé, doctor, Pero no considero posible cogerlos vivos. Son invulnerables.

¿Cómo los matarás?

Creo que el único medio es destrozándolos, desintegrándolos — dijo Mike, temblando.

Cuidaos mucho —recomendó Kreimer.

La comunicación se interrumpió.

Volvieron a reparar en el frío y en el viento que azotaba el árbol. Durante los minutos que había durado la conversación habían estado absolutamente ensimismados, analizando aquella increíble información, ajenos por completo a todo cuanto los rodeaba.

Mike volvió a colocar el emisor-receptor en la mochila y bebió un nuevo sorbo de whisky.

Se volvió hacia Brenda y alargó la cantimplora.

El rostro de la muchacha estaba pálido y demudado. Sus ojos, muy abiertos, parecían congelados por el horror.

El alarido brotó súbitamente, rompiendo la tensión.

Mike se volvió con el fusil corto en la mano.

Sujeto al tronco del pino, a la altura de las ramas que sostenían la plataforma, había un ser monstruoso y bestial, observándolos fijamente.

Mike sintió que el corazón se detenía en su pecho. De alguna manera había reconocido a Carrigan. Todo duró unas pocas décimas de segundo: la sorpresa, el horror y el alarido de Brenda.

El monstruo iba a saltar y Mike disparó.

Las ráfagas destrozaron las muñecas del engendro justo en el momento en que saltaba hacia él.

Mike se dejó caer hacia atrás, recibió la embestida con las piernas flexionadas y cuando el peso de Carrigan cayó sobre ellas aprovechó su propio impulso y lo arrojó por encima de su cabeza y

de la plataforma.

Durante unos instantes las manos del monstruo se aferraron al borde de la plataforma, pero tenían las muñecas destrozadas y no resistieron su peso.

Cuando se precipitó sin un solo sonido hacia el suelo, veinte metros más abajo, las manos agarrotadas, de filosas uñas amarillentas, cayeron detrás de él, como instrumentos definitivamente separados de su cuerpo,

Brenda gritaba presa de un ataque de histeria y Mike miró hacia abajo. Carrigan estaba irguiéndose en la nieve.

A su lado, el que habla sido el comandante Mort, responsable de la nave «Argos», comenzaba a trepar por el tronco del pino.

¡Brenda! —gritó Mike—, ¡serénate!

La golpeó con fuerza en el rostro y la sacudió por los hombros.

—Está subiendo, Mort está subiendo —dijo con serenidad.

Ella pareció comprender toda la situación mientras emergía de la pesadilla.

—Estoy bien —murmuró —; lo siento.

Mike le entregó el fusil corto y cogió su propia arma.

Se estiró sobre la plataforma y miró hacia abajo.

Carrigan continuaba de pie, inmóvil, en el suelo, justo debajo de ellos. Mort había ascendido diez metros y continuaba encaramándose rápidamente de rama en rama.

Sostén la linterna, muchacha —pidió Mike.

Brenda enfocó con el poderoso haz de luz al monstruo que trepaba y Mike apuntó.

Disparó con precisión y serenidad a las muñecas y rodillas del

trepador.

Pensó que no iba a conseguirlo, pero entonces el gigantesco mutante, que habla aprehendido el cuerpo del comandante Mort, se precipitó a tierra, golpeándose brutalmente en todas las ramas inferiores del pino nevado.

Cayó junto a Carrigan, que continuaba inmóvil, e inmediatamente se puso de pie,

Brenda observaba la escena como si se tratara de una película de ciencia ficción.

No puede ser... —murmuró para tranquilizarse—, es una pesadilla.

No, no lo es. Todo el sistema genético ha sido alterado. Se están recobrando rápidamente. Están reconstituyendo huesos y tejidos y… son invulnerables.

A menos que sean desintegrados —dijo Brenda.

No lo haremos a menos que resulte inevitable — resonó la voz de Harvest.

Veinte metros más abajo no se oía un solo sonido.

Mike Harvest buscó a aquellos personajes demenciales con su linterna, pero no pudo hallarlos.

Habían desaparecido.

CAPITULO V

Al amanecer, la tormenta había amainado, y aun cuando el cielo permanecía oscuro y amenazador, el viento se había convertido en una brisa tenue y gélida.

Brenda despertó a Mike Harvest. Ella se había quedado despierta durante las últimas cinco horas, haciendo la guardia. Mike había conseguido dormirse luego de dar varias vueltas bajo el pesado abrigo que le ofrecía la piragua deshinchada.

El sol era una bola pálida detrás de las nubes y un silencio oprimente envolvía el bosque,

Despierta —dijo Brenda, sacudiéndolo ligeramente por los hombros.

¿Qué ocurre? —exclamó Mike, sobresaltado.

Ya ha amanecido.

Lo siento, estaba soñando. ¿Todo en orden?

Continuamos vivos. Ni rastro de ellos.

Bien,

Bebieron un poco de leche y cereales, comieron una tableta de chocolate y recogieron la plataforma. Antes de descender del árbol inspeccionaron las armas.

Mike se descolgó primero.

Una sensación de poderosa indefensión los envolvió al llegar a tierra.

—Ten el arma lista, no quiero ser sorprendido —dijo Mike.

Se dirigieron hacia et linde del claro, donde desaparecían las huellas, todavía frescas.

Pueden hallarse muy lejos —dijo Brenda.

No lo creo.

¿Por qué no?

—El general Druger debe de haber rodeado el área. Sólo pueden dirigirse hacia el noroeste y, en cualquier caso, sólo hay unos cincuenta kilómetros agrestes y boscosos antes de llegar a la carretera. Están cercados.

—Tal vez logren eludir el cerco.

En este caso nos informarían por el receptor.

Es cierto —reconoció Brenda.

Mira —dijo Mike—, uno de ellos ha arrastrado al otro.

Pero… ¿por qué?

Las huellas eran claramente las de los dos monstruos avanzando de pie, pero en un determinado sitio sólo se veían huellas de uno solo y la marca ancha de alguien que era arrastrado.

—Seguramente los disparos en las piernas le impidieron continuar mucho más y fue arrastrado hasta que la reconstitución celular tuviera efecto.

—Es asombro. ¿Crees que tienen sentimientos de solidaridad entre ellos? —en la pregunta de Brenda había una nota urgente, como si aquella posibilidad pudiese cambiar en algo la situación.

Tal vez sea sólo un gesto instintivo —replicó Mike—, algo así como la… conservación de la especie.

¿Qué especie?

La que acaban de inaugurar. Vamos, démonos prisa.

Avanzaron toda la mañana, cubriéndose mutuamente, observando las huellas, y hacia el mediodía, cuando habían adelantado unos seis kilómetros, volvieron a encontrar dos pares de pies. El proceso de reconstitución había finalizado y Mort estaba entero otra vez.

Esto quiere decir que Carrigan vuelve a tener manos — murmuró Brenda, anonadada.

Sí, eso creo —convino Mike.

Un kilómetro más adelante las huellas terminaban junto a la orilla de un río. No podía tener más de diez metros de anchura, pero la corriente era muy fuerte y arrastraba grandes trozos de hielo.

¿Qué crees? —preguntó la muchacha.

No lo sé.

Fue sólo un ligero sonido, pero se volvieron inmediatamente, como si en ello les fuera la vida.

A unos treinta metros de distancia, junto a la orilla del río, apareció una mujer.

Iba cubierta con un vestido rasgado y tenía el cabello negro, enmarañado, sobre un rostro contraído. Se movía de un modo extraño y era muy alta.

Brenda apresó el brazo de Mike.

La mujer se inclinó como si olfateara el aire y dio un par de pasos. Luego se incorporó y lanzó un gemido que les hizo poner los pelos de punta.

Entonces cargó contra ellos.

Durante una fracción de segundo se convirtió en una bestia furiosa, de cuerpo elástico y felino, corriendo con los brazos proyectados hacia adelante y los dedos agarrotados. Su rostro era una máscara demencial. Los ojos brillaban en las cuencas oscurecidas, los pómulos altos parecían protuberancias inflamadas y la mandíbula evidenciaba un prognatismo artificial, irreal. Mostraba los dientes

como las hienas rabiosas y su aspecto era demoníaco.

Toda sensación de que se trataba de una mujer desapareció como por encanto.

Mike y Brenda echaron una rodilla a tierra, apuntaron y comenzaron a disparar sin interrupción. Los disparos destrozaron el cuerpo, deteniendo brevemente la carrera, pero excepto por el impacto del plomo ardiente que operaba como una barrera de contención relativa, la mujer, o lo que había sido una mujer, continuaba su avance. Ya estaba a diez metros cuando una ráfaga le destrozó las rodillas y cayó sobre la nieve.

Era una criatura horrenda, contrahecha por aquella gigantesca desproporción corporal, por la absurda contracción de sus facciones y la fiera belicosidad de sus instintos.

Continuó avanzando arrastrándose con gran facilidad, aproximándose en cuatro patas, como un perro rabioso.

Es inútil — dijo Mike y apuntó a su cabeza.

Fueron solamente dos ráfagas cortas, pero destrozaron el cráneo convirtiéndolo en una pulpa rosada que sembró la nieve.

Se pusieron lentamente de pie y se acercaron a aquel ser infectado por Mort y Carrigan.

Me temo que no es la única —murmuró Mike inclinándose sobre ella.

Descubrió una fiera mordedura en la espalda, a la altura del coxis, y la señaló a la muchacha.

Le han succionado la médula.

¡Santo Dios! — exclamó Brenda mirando a su alrededor.

—Tal vez haya estado acompañada, no creo que anduviera sola por el bosque.

—Tengo miedo, Mike.

Pueden haber destrozado de tal forma a quien estuviera con ella, que, al igual que los soldados, no tuvo oportunidad de intoxicarse y transformarse en…

El resto de la frase se congeló en sus labios.

Detrás de la mujer que yacía destrozada sobre la nieve, a unos cuarenta metros y en la orilla opuesta, aparecieron dos hombres, dos monstruos. Uno parecía maduro y llevaba una crecida barba que sobre el rostro deformado producía un efecto horrible. El otro, obviamente, había sido un adolescente. Ahora parecía un lobo humano joven y belicoso.

—Allí los tienes, toda la familia. ¡Maldita sea! —rugió Mike furioso.

Brenda levantó el fusil.

Los dos monstruos se arrojaron al agua y nadaron torpemente hacia la orilla donde estaban ellos junto a la mujer muerta.

No dispares —dijo Mike —, la corriente los alejará una decena de metros y cuando salgan los eliminaremos como a esta pobre mujer. No podemos arriesgarnos a herirlos solamente y que el rio los arrastre hasta algún poblado.

Tienes razón —convino Brenda inspeccionando la carga de su fusil.

¡Esto tiene que terminar! —estalló Mike, recargando su arma—, ¿Te das cuenta? Puede convertirse en una pesadilla… si se propaga esta… epidemia, está maldición o lo que diablos sea, será como… ¡Oh, Dios, no quiero siquiera imaginarlo!

Los dos monstruos emergieron de las aguas heladas, a unos sesenta metros de distancia, y corrieron hacia ellos.

—Tú a la cabeza y yo a las rodillas —dijo Brenda.

Dispararon a la vez y de pronto Mike dejó de hacerlo.

¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Se ha encasquillado —gritó él—, continúa disparando.

Brenda descargó su fusil, pero sólo consiguió hacerlos arrodillar. No se detuvieron, avanzaban como lobos famélicos, y el espectáculo del padre y el hijo rugiendo, babeando y precipitándose hacia ellos con el cuerpo destrozado por los impactos era aterrador.

Brenda recargó rápidamente su arma y volvió a disparar. Consiguió destrozar la cabeza del padre y algunos impactos estallaron en el rostro del hijo. Pero el joven no se detuvo.

No podía verlos, no podía con el rostro destrozado, pero llegó hasta ellos.

Mike empujó a la muchacha y extrajo su puñal. Era un gran cuchillo de caza de hoja larga y ancha.

Brenda rodó sobre la nieve y consiguió incorporarse en el momento en que el gigante joven, horriblemente deformado y herido por las ráfagas, embestía a Mike.

Mike lanzó una cuchillada horizontal y precisa que prácticamente cortó un brazo del monstruo. No hubo ningún sonido de dolor, sólo la obsesiva búsqueda de la víctima y su mutilación.

La otra, mano, la otra garra tensa, de dedos fuertes y uñas afiladas como escalpelos, buscó el cuerpo de Mike, que consiguió esquivarla, y entonces cogió el brazo, tiró de él y trabó las piernas del ser deformado con una zancadilla, haciéndolo caer de bruces sobre la nieve. Entonces saltó sobre él y con el puñal le cercenó el cuello.

Durante algunos momentos observó a aquella criatura mutilada revolviéndose sobre la nieve. No había sangre, no había dolor, sólo una desesperante vocación homicida que se negaba a desaparecer.

Brenda se acercó, apuntó con su corto fusil y decapitó a la bestia con una ráfaga cerrada.

Permanecieron en silencio, bajo la mañana límpida, como dos personajes vitales y alegres que hubiesen sido colocados por una voluntad incomprensible dentro de la escenografía de un film de terror.

La radio —dijo Mike,

Brenda desplegó la larga antena del emisor-receptor y Harvest se arrodilló en el suelo.

Guardó el puñal en la funda, desencasquilló el fusil y arrojó al río la bala defectuosa.

Cuando el sensor halló la frecuencia del Centro, una neblina densa y pegajosa descendió sobre el río y las riberas para detenerse a tres o cuatro metros sobre el nivel del suelo.

Aquí Harvest llamando al Centro. Responda, Centro,

¡Mike, hijo! — replicó en seguida la voz ansiosa del doctor Kreimer —. Estábamos preocupados por vosotros. ¿Qué ha ocurrido?

—Hemos liquidado a toda una familia infectada. Si no destrozan a sus víctimas las contagian, las convierten en monstruos a su imagen y semejanza. Esto es diabólico, doctor.

La voz de Harvest era un lamento fatigado y fatalista.

Escucha, hijo, hemos analizado más exhaustivamente los cadáveres de los soldados, incluso el que ahora está cumpliendo el proceso de regeneración genética. Todavía no manifiesta constantes vitales según nuestra concepción, pero... sus tejidos están vivos.

¿Está a buen recaudo, doctor?

—No te preocupes por ello, Mike,

—Usted no sabe lo peligrosos que son, doctor —dijo Harvest.

Y ahora atiende a lo que voy a decirte. Es cierto que les han succionado la médula, pero en su lugar han depositado un fluido.

¿Un fluido? ¿Qué clase de fluido? —preguntó Brenda con ansiedad.

Estamos analizándolo. Jamás hemos visto antes una composición química enzimática de este tipo. Es algo nuevo, absolutamente desconocido y tremendamente poderoso. Es como...

¿Sí, doctor? —preguntó Mike.

—Como un fluido vital, una esencia capaz de reponer los tejidos, de reproducir las células deterioradas o desaparecidas. Es un milagro, hijo.

Mike no respondió. El milagro estaba enfermando su cerebro.

¿Me estás escuchando, hijo?

Sí, doctor.

Bien. Sé que toda esta aventura es demencial, sin embargo somos científicos.

¿Qué está tratando de decirme, doctor?

El tono de Harvest era frío y urgente.

Que a pesar de la demencia de todo este retomo a la Tierra, del choque con el *punto blanco*, de las muertes y… que, a pesar de todo, ha sido beneficioso para la ciencia. Más importante de todo cuanto hubiésemos podido esperar.

Comprendo, doctor.

—Sí, sé que lo comprendes. Pero estás en shock, hijo. Ha sido demasiado para ti. ¿Por qué no regresas y dejas que el general Druger se ocupe de eliminar a Mort y Carrigan? Ya no son tus compañeros, no son más que mutantes y no vale la pena arriesgar más vidas. Sé que parece duro, hijo. Pero es la realidad.

—Iré tras ellos y me encargaré de destruirlos —dijo Mike.

El coronel Bertley está en el campo de operaciones, hijo. No pueden escapar del círculo. Vosotros y ellos estáis dentro de él. No cometáis ninguna imprudencia.

Hay bruma, doctor. Una bruma densa y baja, a un par de metros sobre el suelo. No podrán detectarlos desde el aire y, sin conocer el terreno, antes de que los cojan morirán muchos soldados. Dígales que se ocupen de cerrar todos los pasos. Yo me haré cargo de ellos. Brenda está conmigo. Es nuestro deber.

¿Hacia dónde van ahora, Mike? —inquirió Kreimer.

—Han cruzado el rio y se dirigen por la orilla opuesta hacia Pass Valley.

Se hizo un silencio en la línea y luego el doctor Kreimer volvió a preguntar:

—¿Pass Valley? No figura en mi mapa, hijo.

No, no figura. Es un poblado abandonado, unos pocos edificios habitados por una de esas comunas naturistas que desean aislarse de nuestro sucio y pervertido mundo. Si llegan allí harán una masacre. Debo impedirlo, doctor. Debo impedirlo porque no sé si a corto plazo no necesitaré de esa comuna para olvidarme de toda esta mierda.

Mike...

—Volveré a comunicarme con usted, doctor. Dígale a los muñecos de uniforme que se mantengan alejados de la zona. ¿De acuerdo?

—Se lo diré, hijo.

—Corto.

¿Te encuentras bien? —preguntó Brenda.

Mike Harvest parecía estar hundido en sus propias reflexiones. Levantó el rostro para mirarla y luego, súbitamente, la atrajo contra su pecho y la abrazó con fuerza,

Sí, estoy bien. Muy bien —murmuró junto al oído de la joven.

—No es por tu culpa lo que está ocurriendo. Son los riesgos del oficio. Sé que las palabras no ayudan mucho, pero tenemos que continuar, y para ello es necesario comprender que a medida que pasen los años y la exploración espacial sea más minuciosa y completa, los riesgos de hechos como éste aumentarán proporcionalmente. No te digo nada nuevo, Mike, pero piensa en ello. ¿De acuerdo?

Mike aflojó el abrazo para mirarla profundamente a los ojos,

Eres una mujer dura y eficiente, Brenda.

Tengo que serlo, doctor. Has sido tú el que me ha elegido por mis «maravillosas cualidades».

Se inclinó para besarla ardientemente en la boca. La sintió vibrar contra su cuerpo y deseó poder quitarle la ropa y beber de su piel cálida las fuerzas que comenzaba a perder.

Se separó de ella.

Continuaremos por el río —dijo.

Desató la piragua hinchable, la estiró sobre la nieve y comenzó a insuflar aire con un pequeño fuelle.

Al cabo de veinte minutos la piragua estaba dispuesta, Armó los pequeños remos de doble paleta y entregó uno a la muchacha.

—Yo dirigiré, Brenda. Si caemos al agua nos congelaremos. Es un riesgo, pero jamás los alcanzaremos antes de que lleguen a Pass Valley si vamos tras ellos andando. Son fuertes y resistentes. Se mueven al doble de nuestra velocidad.

Comprendo.

Bien, allá vamos.

Depositó la piragua en la corriente helada y la sostuvo, mientras Brenda hinchaba su chaleco salvavidas y se introducía en la piragua, ocupando el espacio posterior.

Mike hinchó su propio chaleco y se introdujo en el espacio delantero.

Condujo hábilmente la piragua hacia el centro de la corriente y aprovechando la fuerza del agua, salpicada de trozos de hielo, enfilaron río abajo, hacia el diminuto poblado de Pass Valley.

La tarde avanzaba lentamente y el sol se había perdido detrás de la

nube algodonosa formada por la bruma suspendida.

Ten el fusil al alcance de la mano, querida. Sobre las rodillas. El río se angosta por momentos y no deseo que salten sobre nosotros.

Brenda se estremeció. Colocó el fusil sobre sus rodillas y remó acompasadamente, siguiendo el ritmo que imprimía Harvest.

CAPITULO VI

La bruma se abría por momentos y se podía ver un cielo gris, que se cargaba de nubes, cada vez más oscuras, y amenazaba con otra tormenta de nieve y viento.

Mike remaba rítmicamente, sin volverse, controlando la respiración como si en verdad estuviese compitiendo contra un adversario invisible que viniese tras él en otra piragua.

Brenda miraba la espalda del hombre y respetaba su silencio. Lo comprendía.

Cada uno de los miembros del viaje del «Argos» había sido entrenado y analizado minuciosamente por Mike Harvest. Había compartido con ellos muchos meses en los que la convivencia y la comunicación fluida los había transformado en una familia unida y con un objetivo común, algo que por lo general no caracteriza a las verdaderas familias.

Lo comprendía.

Dos de sus criaturas habían muerto al chocar con el *punto blanco*, tal vez por un estallido de las cubiertas de las células aislantes. Ella había conseguido salvarse de la muerte y la mutación porque su cápsula resistió el choque energético. Y Mort y Carrigan tal vez habían sufrido el impacto energético a través de alguna fisura en el sistema de cierre de sus compartimentos. Se sabría cuando la nave fuese inspeccionada al detalle. Y, en verdad, ya no tenía la menor importancia.

Ahora lo único realmente prioritario era acabar con aquellos difusores de una plaga homicida, de una epidemia que parecía destruir el cerebro, anular lo que en él había de civilizado, de proceso evolutivo, lo que en él había hecho posible que el hombre,

de una manera discutible, se hubiese diferenciado del animal instintivo, violento, guerrero y letal del comienzo de la historia. Y, en su lugar, la epidemia que difundían Mort y Carrigan, colocaba el virus del homicidio, la fortaleza y la invulnerabilidad.

Era una locura y Mike Harvest estaba prisionero en ella, del enigma de aquella locura.

Navegaban con rapidez. Los trozos de hielo chocaban contra la estructura elástica de la piragua y eran apartados suavemente. Sobre la nieve blanda de la ribera derecha podían verse claramente las huellas de los dos monstruos en su infatigable avance hacia Pass Valley.

¿Les daremos alcance? —preguntó Brenda.

Tenemos que hacerlo, amor —dijo Mike, y la palabra amor resonó en el paisaje helado y tenebroso como un exorcismo.

¿Cuánto falta para llegar a Pass Valley?

—Unos quince o veinte kilómetros. Está poco antes del Salto del Cazador.

¿Qué es eso?

Un salto de más de treinta metros sobre una serie de rocas filosas. Es un espectáculo maravilloso y también la tumba de varios navegantes inexpertos o distraídos.

—Ya.

Media hora más tarde, Brenda levantó la vista y comprobó que las huellas habían desaparecido.

¡Mike!

—Sí, las huellas —dijo Harvest.

¿Dónde están?

—Si no reaparecen tendremos que detenemos y regresar en su

busca.

No me gusta —murmuró Brenda.

No temas —dijo Mike, sorprendentemente calmo.

¿Te ocurre algo?

Nada, creo que he comprendido por fin,

¿Qué dices?

—Son mutantes, no podía hacerme a la idea a pesar de todo lo que hemos visto. A pesar de haberlos mutilado y… bien, ahora entiendo que sólo se trata de criaturas diferentes. No hay nada de Mort o de Carrigan en ellos. Están perdidos, muertos, tan muertos como si hubiesen perecido quemados en el «Argos».

—Ese fluido… —dijo Brenda, tal vez resuelva muchos problemas médicos.

Sí, es posible. Pero todo lo que ha ocurrido, y todavía no ha terminado, significa que la aventura espacial puede resultar… terrorífica.

Lo es, Mike. Puedes creerme —dijo ella con suavidad—, lo es.

¡Mira! ¡Allí! —gritó él.

A una decena de metros de la orilla derecha vieron a Mort y Carrigan. Estaban agazapados tras un matorral cubierto de nieve, expectantes.

Mike condujo la piragua hacia la orilla y la sujetó a la nieve con una clavija. Permanecieron en la embarcación, con las armas dispuestas, observando a los dos hombres-bestias.

¿Qué hacen? —inquirió Brenda, nerviosa.

Ya lo veremos.

Detrás del matorral el bosque ascendía por la ladera nevada y se

perdía en la bruma.

—Están al acecho —dijo Mike—, Alguien desciende por la ladera.

Saltó a la orilla con el fusil listo para disparar y se echó de bruces tras un montículo de nieve.

Brenda lo siguió.

¿Lobos? — preguntó la joven,

Es posible. Suelen acercarse a Pass Valley cuando están hambrientos.

Escucharon los pasos sobre la nieve y la conmoción de los pinos. Pero fuera lo que fuera se hallaba todavía sumergido en la bruma.

Los dos imitantes continuaban impasibles, tensos como cuerdas de violín, aguardando pacientemente.

—Esto es nuevo —dijo Harvest—. No atacan furiosamente, aguardan y se preparan. Evolucionan rápidamente. ¿Sabes lo que esto significa?

Sí, que se perfeccionan.

Se miraron.

Antes o después alcanzarán la sabiduría metódica del hombre —dijo Mike.

No podemos aguardar hasta entonces. No conocemos en absoluto cuál será la utilización que hagan de esa sabiduría. No tienen moral.

¿Y nosotros? —preguntó Harvest amargamente—, ¿acaso nosotros la tenemos?

Brenda no respondió.

Como un fantasma súbitamente nacido de la espesa bruma del bosque, un gigantesco oso pardo avanzaba directamente hacia el río.

Una ligera conmoción agitó a los dos mutantes.

Van a cogerlo —dijo Brenda y levantó su fusil.

—No, aguarda. Quiero ver la pelea. Tal vez el oso consiga deshacerse de uno de ellos. En cualquier caso algo debe sucederle para que haya dejado la cueva donde seguramente se hallaba hibernando.

El oso pardo se detuvo, se irguió sobre sus patas traseras y olfateó el aire.

Un rugido anunció que estaba nervioso y atento.

Los monstruos saltaron desde detrás del matorral y corrieron hacia él, colina arriba, salvando con rapidez la decena de metros que los separaban del animal.

El oso se detuvo, cayó sobre las patas delanteras y se precipitó hacia ellos colina abajo.

Durante un brevísimo espacio de tiempo la escena pareció paralizarse. El oso saltó y los imitantes se lanzaron sobre él, cogiéndolo en el aire y rodando juntos, chocando contra los troncos de los árboles hasta detenerse en medio de una nube de nieve.

Estaban a pocos metros del montículo que protegía a Mike y Brenda. El oso se desembarazó de sus captores y con un rugido feroz se irguió nuevamente sobre sus patas traseras. Era más alto que aquellas criaturas demenciales, pero por alguna razón se sentía muy inquieto. Era como si instintivamente comprendiera que aquellos extraños sujetos que lo acosaban no pertenecían a la naturaleza que él conocía.

Mort y Carrigan, los mutantes de cuerpos deformados, perdieron repentinamente la serenidad, la paciencia con que habían aguardado la aparición del oso y, respirando sonoramente, se lanzaron sobre él con furia, de una forma despiadada.

El oso apartó de un manotazo a Carrigan desgarrándole el hombro y parte del pecho y haciéndolo rodar sobre la nieve varios metros. Mort ya estaba sobre él y el oso lo abrazó. Las garras del monstruo-

mutante, sus dedos sólidos como punzones, se clavaron en los costados del animal una y otra vez, destrozándolo, arrancándole trozos de piel y carne sanguinolenta mientras las garras del oso se ensañaban con la espalda descubierta de Mort.

Brenda apartó la mirada y comenzó a tener náuseas.

Mike miraba estupefacto la escena.

El rostro de Mort era un hocico aguzado y las mandíbulas se habían afinado hasta convertirse en un testuz similar al de los galgos, pero los dientes que aparecían entre los labios finísimos y tensos eran como dagas, largos y ligeramente curvos.

Las mandíbulas se abrieron y se cerraron nuevamente en la garganta del oso.

Carrigan se había puesto dé pie y corría nuevamente hacia su presa. El oso y Mort giraron como danzarines depredadores en una ceremonia de sacrificio y muerte.

El oso dio la espalda a Mike y Brenda. Y también al embiste de Carrigan.

Entonces lo vieron con claridad.

Carrigan, el mutante de Carrigan, se inclinó, hundió sus dedos en los costados del oso destrozándole las entrañas, mientras sus dientes mordían, la base de su columna vertebral, a la altura del coxis. El hocico del mutante parecía convulsionarse contra la espalda del oso mientras buscaba el sitio preciso, arrancando carne y piel.

Entonces el oso abrió los brazos en cruz, levantó su cabeza al cielo y lanzó un gemido espantoso, sordo y dolido.

Se había quedado sin médula espinal.

Los dos mutantes abandonaron su presa y ascendieron rápidamente la colina.

Mike se llevó el fusil a la cara, pero ya era demasiado tarde. Hablan desaparecido en la bruma.

Dos minutos más tarde salieron de su protección, detrás del montículo de nieve, y se acercaron al oso inmóvil.

Está vivo todavía —dijo Mike.

Entonces tenemos que destrozarlo —murmuró Brenda con el rostro descompuesto.

Si, de lo contrario se convertirá en un homicida invulnerable —asintió Mike.

Apuntó con repugnancia y apretó el gatillo.

Las ráfagas separaron la cabeza del oso del tronco.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de echarlos por tierra.

Es la tormenta —dijo Mike.

Se dirigieron rápidamente hacia la piragua.

El viento apartó la bruma y, como si ambos recibieran una llamada muda, Harvest y la muchacha levantaron los rostros hacia la colina por la que habían desaparecido los dos mutantes.

los vieron.

Erectos como estatuas, mirándolos, a una distancia de más de cien metros, entre los árboles nevados.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Mike, y echó a correr hacia la piragua.

Saltaron dentro de la embarcación y remaron vigorosamente hacia el centro de la corriente.

El viento barría la bruma una y otra vez, y los mutantes desaparecían como espectros del mal en la tarde que decaía.

Tenemos que llegar a Pass Valley antes que ellos.

Vienen hacia nosotros —dijo Brenda.

En efecto.

Corrían desesperadamente hacia la orilla del río y parecían demonios afiebrados, presas de un delirio homicida. Y tal vez no eran otra cosa: verdaderos demonios asesinos llegados desde una dimensión desconocida.

¡Rema! —ordenó Mike con impaciencia—. No podrán darnos alcance. Esta vez les llevamos la delantera.

Tal vez podamos conservar la distancia —murmuró Brenda.

Si se aproximan más de lo debido, dispárales. Es nuestra única oportunidad. No podemos aguardarlos y tratar de eliminarlos ahora. Está por anochecer y sería demasiado arriesgado.

Me ocuparé de mantenerlos alejados, Mike.

Brenda se volvió en su espacio, cogió el fusil, verificó la carga y se dispuso a cumplir con su cometido.

Mike maniobraba expertamente con su remo doble, esquivando los trozos más grandes de hielo y procurando conservar la velocidad en el centro de la corriente.

El sol desaparecía con rapidez, empujado por la lóbrega presencia de la tormenta.

Los monstruos se mantenían detrás de la embarcación, corriendo sobre la orilla. Los monos de vuelo eran sólo jirones sucios con la sangre de sus víctimas y apenas si los cubrían. La piel aparecía azulada por el frío, pero por lo demás no parecían afectados por aquella temperatura bajísima.

Brenda los contempló largamente. Había compartido con los dos mutantes dieciocho meses de vuelo solitario, Estuvo a punto de echarse a llorar.

La temperatura está descendiendo —dijo Mike.

—Sí.

Prepara un poco de leche con cereales y trata de desmenuzar una tableta de chocolate. Tenemos que conservar la energía o no lo conseguiremos.

De acuerdo.

Preparó el alimento sin descuidar el avance de las bestias.

Bebieron más por obligación que por apetito. El estómago parecía aislado por una esclusa amarga y ácida.

—Tenemos que llegar —murmuró Mike—, tenemos que llegar.

De pronto el rio pareció angostarse y cubrirse de hielo. Las orillas sólo estaban separadas por poco más de seis metros y el hielo que arrastraba la corriente se agrupaba en aquel súbito embudo impidiendo que la piragua conservara su velocidad.

¡Date prisa! —gritó Brenda.

Hago lo que puedo, está cubierto de trozos de hielo.

¡Se están acercando con rapidez!

¡Dispárales! —aulló Harvest.

Brenda se llevó el fusil al rostro y buscó los rostros en la mira de su fusil. Disparó una ráfaga, pero la piragua se movía demasiado como para hacer un buen blanco. Los disparos dieron en el pecho de Carrigan, pero no lo detuvieron.

¡No puedo acertarles con precisión, esto se mueve mucho! —gritó la muchacha.

No hay otra alternativa, dispárales, ráfagas cortas al torso, a las piernas. No busques acertarles en la cabeza.

Brenda continuó disparando mientras Mike se abría paso entre aquellos islotes de hielo y procuraba conservarse en el centro de la corriente. Un choque frontal contra cualquiera de las orillas y la embarcación daría una vuelta de campana.

Era todo lo que necesitaban para terminar allí con aquella aventura imposible.

De pronto, cuando los monstruos ya estaban a una veintena de metros detrás de la piragua, el río volvió a ensancharse y Mike consiguió imprimir la misma velocidad anterior esquivando los pequeños icebergs como si se tratara de una carrera de obstáculos.

¡Allí está! — gritó Mike al cabo de media hora de frenética carrera —. ¡Es Pass Valley!

No veo a nadie —dijo Brenda.

¿Qué crees que podrían estar haciendo afuera con esta tormenta y al anochecer? —le espetó Mike sin poder ocultar su satisfacción por haberlo logrado.

Sale humo de aquella chimenea —informó la joven.

Es allí donde viven todos, en el gran edificio central. Al menos no tendremos que recorrer todas las casas para informarles del peligro, ¿Dónde están ahora?

Continúan avanzando con paso firme. Nos hemos alejado unos cien metros de ellos.

Escúchame bien, cariño. En cuanto lleguemos al muelle salta con el fusil y las mochilas. Yo ataré la piragua y te seguiré. Corre hacia el edificio principal y no te detengas. Creo que está a unos cincuenta metros del muelle. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sí, que llegaremos allí casi al mismo tiempo que las bestias.

Exactamente —reconoció Harvest,

Un sudor helado recorrió la espalda de Brenda, pero se cuidó mucho de dejarse ganar por el terror.

Llegaron al muelle y Mike lanzó un lazo a uno de los pilotes. Brenda saltó sobre él portando las mochilas y el fusil y echó a correr. El muelle terminaba en una amplia plataforma de madera y se continuaba con la calle principal de Pass Valley. El edificio habitado

se alzaba en el centro de la calle, cerrando el poblado. Era alto, de tres plantas, y construido con piedra y madera de la zona. Era sólido y resistiría el asedio de los monstruos.

Pero tenían que llegar hasta allí.

Mike corrió detrás de la muchacha, la alcanzó a mitad de camino y cogió las dos mochilas.

Se dio la vuelta.

Los monstruos ganaban terreno rápidamente. La nieve no era tan alta en la calle principal del poblado y podían correr a mayor velocidad.

¡Sigue corriendo, trataré de detenerlos! — gritó Mike.

Brenda dudó un instante, pero prosiguió la carrera.

Harvest, sin dejar de retroceder, envió unas cortas ráfagas a los mutantes.

Las puertas de la gran casa se abrieron y dos hombres salieron al porche. Brenda llegó como una exhalación y los empujó hacia adentro:

—¡Cerrad puertas y ventanas, rápido! —gritó.

Echó una rodilla a tierra y comenzó a disparar en la creciente oscuridad mientras Mike se esforzaba por llegar a la casa.

Cuando finalmente saltó al porche arrastrando a Brenda dentro del edificio, los monstruos sólo estaban a unos diez metros.

Trabaron la puerta principal con una palanca y se dejaron caer, extenuados, en el piso de la habitación.

Una treintena de personas, mujeres, hombres y niños los observaron estupefactos.

preguntó Mike.

SI —replicó un joven alto y rubio, de gran barba rojiza, que parecía ser el jefe de la comuna.

—¿Tenéis algún arma?

No, nada de armas —dijo el rubio.

¿Cuál es tu nombre?

Brian.

Bien, Brian, eso que hay allí fuera son dos fieras salvajes, es largo de explicar. Quiero que permanezcáis de guardia durante toda la noche. ¿Resistirán las ventanas?

—Eso creo, tienen postigones reforzados —informó Brian.

Bien —sonrió Mike pasando un brazo sobre los hombros de Brenda —, creo que nos merecemos un trago.

Y una buena cena —invitó Brian.

CAPITULO VII

Comieron un delicioso guisado de conejo con salsa de tomate y cebollas asadas. Bebieron mucho té humeante y acabaron con el whisky de la cantimplora. Mientras cenaban, Mike y Brenda explicaron a Brian y su gente de qué se trataba toda aquella aventura.

La perplejidad dio paso a la comprensión y luego al temor. Un temor que provenía de muy lejos, de aquellas épocas inscritas en la memoria colectiva de la raza humana y que la emparenta con el salvajismo primordial.

¿No tenéis ningún arma? —insistió Mike.

Sólo machetes. Los empleamos para trabajar en el bosque —dijo Brian.

Pueden servir. Tenedlos a mano.

—De acuerdo.

Brenda encendió un cigarrillo y lo entregó a Mike.

Creo que será mejor llamar al doctor Kreimer, debe sentirse preocupado.

—Sí, traeré la mochila.

Por una fractura de la puerta, Harvest atisbó la calle principal. No pudo ver nada.

Están detrás de aquellos troncos — informó un muchachito rubio de rostro pecoso y mirada inteligente, No los he perdido de vista, señor.

Estupendo, hijo, Vigílalos por mí, ¿quieres?

Desde luego, señor. Confíe en mí.

Mike dio una palmada en la espalda del muchacho y regresó junto a Brenda.

Desplegó la antena y llamó al doctor Kreimer.

Soy Harvest, responda Centro.

—Aquí Centro, Harvest.

¿Quién es usted?

El general Druger, Harvest.

¿Dónde está el doctor Kreimer?

Ocupado con sus experimentos. ¿Ha llegado a Pass Valley?

—Hemos llegado. Estamos a salvo dentro del edificio principal. Hay aquí unas treinta personas. El tiempo ha vuelto a descomponerse.

—¿Dónde están los monstruos?

Ocultos allí afuera, en algún sitio —replicó Mike, y comprendió que la calma del general era artificial.

Bien, usted está fuera Harvest. El coronel Bertley llegará a Pass Valley poco antes de que amanezca. Se hará cargo de la acción. ¿Me ha comprendido? Este asunto debe estar en nuestras manos, usted no es el hombre indicado para resolver la situación.

—Yo acabaré la misión, general.

¡Harvest! —gritó el militar e inmediatamente recompuso su irritación—. Escúcheme, Harvest, hay demasiado en juego. No quiero errores. Si es necesario volaremos Pass Valley del mapa. ¿Sabe a qué me refiero?

Hay aquí treinta personas, general. Mujeres y niños incluidos. ¿Volará el poblado con ellos dentro?

Sólo si no hay otra alternativa, doctor.

General, es usted un maldito hijo de perra.

Cuando respondió, no había ninguna irritación en la voz del militar:

El coronel tiene órdenes precisas. Será mejor que lo comprenda. Pass Valley se ha convertido en un objetivo militar. Está en juego la seguridad de la nación. ¿Cree que pondré en peligro la seguridad de nuestro país por un grupo de vagos inútiles?

—No, general. No lo creo, es usted un imbécil de peor calaña de la que suponía. Sin embargo, no podemos movemos de aquí. En cuanto salga el sol iré a por ellos. Y otra cosa, general, estoy bien armado y conozco esta zona como la palma de mi mano. Le aseguro que si percibo un solo movimiento en sus fuerzas que ponga en peligro Pass Valley me ocuparé personalmente de defender el poblado. Puedo causarle muchos problemas, de modo que es su decisión. Déjese de palabras ampulosas y frases vacías y trate de pensar con sentido común. Le resultará difícil, general. Pero ya verá cómo puede conseguirlo si lo intenta.

Cortó la comunicación.

Todos habían escuchado la conversación.

sonrió Brian.

Gracias, amigo.

Se estrecharon las manos.

Y ahora, ¿por qué no suben a descansar? No amanecerá hasta dentro de trece o catorce horas.

Buena idea, Brian —dijo Brenda mirando fijamente a Mike.

Subieron la escalera hasta la segunda planta y entraron en una habitación. Había allí una vieja y hermosa cama de bronce de dos plazas y una estufa de leña.

Brenda, estoy enamorado de ti —dijo Mike.

Ella se quitó el jersey, la camisa masculina y el mono amplio. Se dejó caer desnuda en la cama, de espaldas, sonriente como una adolescente lujuriosa.

Quítame las botas y ven aquí, doctor. Yo también te amo.

Besó sus labios y sus pechos duros y tibios. Recorrió cada palmo de piel dorada como si olfateara el sentido de su propia vida. Y navegó una y otra vez entre los suspiros crecientes de la muchacha antes de poner proa al último puerto y anclar en él con toda su energía.

Brenda lo apretó fuertemente, hundiendo su rostro en el cuello del hombre, dejándose arrastrar por aquella furia final que la doblegaba, paralizaba su voluntad y la convertía en una criatura instintiva, toda deseo.

Oh, Mike... —gimió por fin, y permitió que sus músculos tensos se relajaran y la onda expansiva de la satisfacción adormeciera su piel.

Mike permaneció unido a ella, conservando el calor y la tibieza, hasta que sintió que el sueño lo abatía.

*

Se despertaron simultáneamente.

Primero buscando una referencia en aquella habitación desconocida y luego recobrando la alegría del amor vigoroso y placentero para comprender a continuación el porqué de aquel sitio y de aquella aventura.

La claridad exterior preanunciaba el nuevo día.

Saltaron de la cama y se vistieron de prisa.

Brian y su gente aguardaban en el salón de la planta baja, sentados alrededor de una mesa enorme. Había té caliente y pan casero recién horneado, miel natural y leche de sus propias vacas.

La leche es de ayer —dijo Brian—, no hemos querido salir a ordeñar esta mañana.

Habéis hecho lo correcto —dijo Brenda.

¿Cómo habéis dormido?

Muy bien. Estábamos exhaustos.

—Es comprensible. No hemos querido despertaros.

¿Qué hora es?

Las seis y media de la mañana. En una hora el amanecer será un hecho.

El tono de Brian no resultaba estimulante.

¿Ocurre algo, Brian? — preguntó Mike, aproximándose a la puerta para observar el exterior,

No pueden haberse movido, señor —dijo una niña de largas trenzas negras—; hemos estado vigilando toda la noche,

Gracias, pequeña.

Hemos escuchado el ruido de motores, tal vez helicópteros — informó Brian.

¿A qué hora? —quiso saber Brenda.

—A partir de las cuatro de la madrugada.

¿Habéis visto luces, reflectores?

No, nada de luces. Sólo el sonido de los motores.

Están tomando posiciones —aseguró Harvest.

¿Qué crees que harán, Mike? —inquirió la muchacha.

Creo que procuraran cogerlos con sus armas sofisticadas.

Es una locura — murmuró Brian.

—¿Habéis tenido problemas con la policía?

Mike miró fijamente al líder de aquella comunidad pacífica y aislada.

—Ningún problema directo, pero no somos santos de su devoción.

No había rencor en la voz del hombre, sólo resignación.

—Ya. Hablaré con el coronel Bertley —dijo Mike cogiendo el emisor-receptor.

Operó durante unos momentos y llamó:

Aquí Harvest, responda Centro, por favor.

—Soy Kreimer, hijo. ¿Todo en orden?

Doctor, póngame con el general. Hay que impedir que destrocen Pass Valley para coger a los mutantes,

El general se marchó anoche, hijo. Ha ido a reunirse con el coronel Bertley.

Doctor, Pass Valley es un pueblo cerrado. Rodeado por el bosque y nieves blandas al norte, este y oeste, y por el rio al sur. Si comienzan a disparar con sus armas de munición explosiva arrasarán con el pueblo y su gente.

Lo sé,

¿Cuál es la frecuencia de su aparato receptor?

No lo sé, hijo.

Está bien. Tendré que tomar medidas, doctor. Iré a buscar a Carrigan y Mort antes de que amanezca.

Mike, eso es un suicidio —dijo el doctor Kreimer con voz pastosa y apagada, como si rumiara un epitafio.

Deséeme suerte, doctor. ¿Cómo está el soldado infectado?

El proceso de reconstitución se ha detenido. Por alguna razón interrumpió su recuperación. No obstante, tenemos suficientes muestras del fluido y de células recompuestas como para llegar a alguna conclusión,

Estupendo, profesor. Y si ha muerto, incinérelo. No sabemos todavía lo que nos puede deparar esta aventura demencial.

—No temas, hijo. Lo haré. Y tú y Brenda, por favor, cuidaos.

Mike cortó la comunicación.

Brian, ¿tenéis un sótano o una bodega debajo del edificio?

Sí, allí funciona el taller de artesanía.

Bien, quiero que llevéis allí agua y provisiones, y que protejáis puertas y ventanas con todo lo que pueda serviros, ¿De acuerdo?

Entiendo. Atacarán sin reservas, ¿verdad?

Eso me temo. A menos que consiga eliminar a los mutantes antes de que ellos ataquen el pueblo.

Brenda había permanecido muda mientras Mike conversaba con Kreimer y luego con Brian,

—Mike, creo que no tenemos demasiado tiempo.

Será mejor que te quedes aquí, Brenda.

—Ya lo hemos discutido, cariño. Voy contigo. Tengo experiencia con esos engendros y sé disparar.

Bien. Coge tu mochila y deja en ella el equipo de primeros auxilios y de supervivencia. Quita todo lo demás: alimentos, agua y vitaminas; deja eso aquí y busca un machete,

De acuerdo.

Diez minutos más tarde estaban dispuestos a salir.

El cielo auguraba el próximo amanecer tiñéndose de gris más allá de las montañas.

El viento había cesado y la niebla continuaba ocultándolo todo, flotando a tres o cuatro metros sobre el suelo.

Bien, Brian, abre la puerta y déjenos salir. Luego ciérrala bien y vete con tu gente al sótano. No salgáis de allí hasta que no cesen los disparos. ¿De acuerdo?

Haremos lo convenido.

Se estrecharon las manos y salieron al porche de la gran casa. La visibilidad era casi nula.

No hagas ruido —dijo Mike—. Buscaremos un sitio desde donde dispararles. Todavía se encuentran allí, detrás de los troncos.

Avanzaron junto al edificio y saltaron la baranda para continuar pegados al granero y al depósito de la maquinaria agrícola.

Mike hizo señas a Brenda para que lo cubriera y comenzó a trepar por la pared del depósito de maquinaria hasta un saliente a cuatro metros de altura, justo en el linde de la neblina.

Cuando llegó allí miró más allá de los troncos.

No había nada.

No están —dijo mordiendo las palabras.

¿Qué dices?

Se han ido, no sé cómo lo han conseguido, pero se han marchado. Han burlado la vigilancia de los niños.

Regresa aquí y echemos un vistazo —sugirió Brenda.

Los troncos estaban del otro lado de la calle y avanzaron por ella

con infinita precaución, apretando los fusiles contra el cuerpo y sintiendo el temor pegado a la piel como una funda húmeda y helada.

Se hallaban a mitad de camino, en el centro de la calle nevada, cuando una luz fortísima iluminó todo el poblado.

Desde varios puntos una docena de poderosos reflectores convirtieron la noche en día, atrapándolos en terreno descubierto.

Malditos sean, estaban disponiéndose a damos la sorpresa. Debieron trabajar toda la noche —dijo Mike.

Mort y Carrigan salieron de entre los troncos nevados y corrieron hacia ellos.

¡Mikel —estalló Brenda.

Una nutrida descarga buscó los cuerpos deformados de los mutantes, obligándolos a apartarse de sus víctimas.

Mike se echó de bruces sobre la nieve arrastrando a la muchacha con él, mientras los proyectiles silbaban en todas direcciones.

Los imbéciles han organizado un fuego cruzado —murmuró Brenda.

Las balas astillaban todos los frentes de los edificios y hacían saltar los cristales de las ventanas atravesando los postigones de dura madera.

Mike levantó la vista y vio que los dos monstruos corrían ahora hacia el río.

Seguramente los ha sorprendido el ruido —dijo Harvest, comenzando a reptar hacia el edificio de la maquinaria agrícola.

Se detuvo porque una patrulla había salido al encuentro de los mutantes cerrándoles el paso.

Eran seis soldados comandados por el coronel Bertley,

Bertley portaba un lanzallamas y lanzaba lenguas de fuego contra

los monstruos, suponiendo seguramente que, como bestias que eran, se sentirían atemorizados por las llamas.

Nada de eso.

Envueltos en llamas los imitantes acribillados a balazos cayeron sobre Bertley.

¡Dios mío! —exclamó Brenda, espantada.

La embestida de Carrigan hizo que Bertley girara sobre sí mismo y el lanzallamas dirigió su mortífera lengüeta ígnea contra la patrulla que lo seguía. Tres soldados retrocedieron envueltos en llamas y cayeron al rio entre espantosos alaridos.

Mort ya estaba sobre los otros tres, y Carrigan, inclinado sobre el coronel Bertley, culminaba su acción depredadora hundiendo sus dientes en el coxis del militar, convirtiéndolo en un ser vacío y contaminado,

Mike dejó de mirar y abrió la puerta del depósito de máquinas. Saltó sobre una trilladora de pequeño tamaño, utilizada por Brian para el cultivo de las tierras aledañas a Pass Valley y salió con ella a la calle.

Brenda corrió hacia él.

Los dos mutantes acababan con los soldados bajo un fuego nutrido y continuo que no parecía afectarles.

Yo te cubriré —dijo Brenda.

¡Toma mi fusil y dispara sin cesar!

Mike le arrojó su fusil y se dirigió recto hacia los monstruos.

Por alguna razón los dos mutantes abandonaron sus presas y se pusieron de pie enfrentándose a la máquina trilladora.

Las poderosas cuchillas rodantes giraban delante de la cabina que albergaba Mike y producían un sonido desagradable al deshacer la nieve que encontraban a su paso.

Los disparos cesaron cuando la trilladora se interpuso entre los soldados y los mutantes.

Mort se abalanzó sobre la trilladora pero en un último momento dio un rodeo y continuó su carrera hacia la muchacha.

Brenda disparó sobre él, pero la súbita acción del monstruo la cogió desprevenida y su puntería no fue todo lo precisa que exigía la situación,

Mike vio a Mort precipitándose sobre la muchacha y saltó de la máquina empuñando el machete en su diestra,

Carrigan, que corría a su encuentro, apresuró la marcha lanzando un gemido desgarrador.

Mike no le prestó atención, una furia tremenda impulsaba su carrera hacia Mort, que ya estaba sobre Brenda.

La trilladora sin control giró repentinamente en el momento en que Carrigan pasaba a su lado.

Una cuchilla le cercenó el tobillo y el monstruo perdió el equilibrio y cayó de rodillas. No prestó atención al monstruo mecánico que comenzaba a triturarlo.

Todos sus esfuerzos instintivos se dirigían hacia Mike Harvest.

Las cuchillas lo mutilaron de atrás hacia delante y de abajo hacia arriba.

Todavía procuraba avanzar, sólo con las manos, cuando aquel afilado rodillo ya había convertido sus piernas y la mitad del tronco en una pulpa rosada y seca, carente de sangre.

Cuando las cuchillas le destrozaron la cabeza una fracción de segundo después, el monstruo todavía no había percibido su propia mutilación.

Mike sacó su pistola, se detuvo momentáneamente y disparó sobre aquel ser bestial que una vez había sido su amigo, el comandante Mort.

Las balas recorrieron la espalda del monstruo y dos de ellas se incrustaron en las rodillas, desde atrás.

Mort cayó a dos metros de Brenda, que retrocedió lentamente hacia el edificio del granero.

Mike no tenía más balas en su pistola.

Mort se volvió hacia él cuando Brenda cenó la puerta del granero tras ella.

Sólo tenía el machete, Todavía disparaban sobre el mutante, pero muerto el coronel Bertley no se atrevían a continuar haciéndolo por temor a acabar con el científico.

El general Druger debía hallarse fuera del campo de operaciones.

Durante unos momentos, Mort clavó en Mike sus ojos alargados y sanguinolentos. Eran ojos de fiera acorralada, de bestia dispuesta a luchar hasta morir como lo hacen los perros de pelea, capaces de combatir mutilados y ciegos hasta que son degollados por el oponente.

Mike comprendió que estaba perdido.

Se quitó la mochila y buscó en ella el pote de alcohol puro, lo abrió y aguardó la embestida.

El monstruo no podía ponerse en pie, por lo que avanzaba de rodillas, velozmente, pero aun así en inferioridad de condiciones.

Mike saltó a un costado y vació el contenido del pote en el testuz peludo de la criatura rabiosa.

Cuando Mort se dio la vuelta para volver a lanzarse sobre él, Mike encendió su mechero y aguardó a pie firme.

Sólo tema una oportunidad.

El imitante lanzó ambos brazos hacia él, los dedos estirados como arpones y las uñas amarillas peligrosas como escalpelos.

Con un golpe de machete le cortó la muñeca derecha, y dio un paso para encender el mechero y llevar la llama a los cabellos embebidos en alcohol.

No esperaba liquidarlo de aquel modo, pero necesitaba un mínimo de ventaja si deseaba terminar con él.

El cabello se encendió con una llamarada azul y, a pesar de las rótulas despedazadas por los disparos, el mutante consiguió ponerse de pie y huir renqueando hacia el río.

En realidad no huía, procuraba recobrar desesperadamente la visión.

Brenda salió del granero y corrió hacia Harvest.

¡Hay que detenerlo en el rio, si escapa volverá a reconstituirse en un par de horas y todo volverá a comenzar! — rugió Mike.

Fueron tras él.

Pasaron junto a la trilladora que rodaba en falso contra la pared del depósito de maquinarias y adelantaron a una docena de soldados que disparaban contra el fugitivo,

¡A la cabeza y a las piernas! —les gritó Mike sin detener su carrera,

Pero Mort llevaba la cabeza inclinada hacia adelante, todavía ardiendo, y era muy difícil acertarle.

Llegó junto al río y se zambulló.

Un sol enmascarado hundió el paisaje gélido y gris,

Mike saltó a la piragua, la desató y remó vigorosamente tras el monstruo.

Mort se dejaba arrastrar por la corriente, que se hacía más y más veloz en dirección al Salto del Cazador. Se aferraba a los hielos flotantes y se sumergía para volver a emerger varios metros más adelante y continuar luchando por llegar a la orilla opuesta.

No huía de Mike ni de tos soldados, se defendía de una corriente violenta y peligrosa apelando a su instinto de supervivencia.

Harvest imprimió mayor velocidad a su piragua, y ya estaba sobre el fugitivo cuando éste se asió a una gran plataforma helada y trepó a ella.

Durante varios metros bogaron juntos, Mike procurando controlar su embarcación y el monstruo tratando de no perder el equilibrio.

El sonido del Salto del Cazador se hizo estrepitoso y una nube de espuma se fundía con la bruma, que comenzaba a desaparecer.

Mike miró hacia la orilla, hacia atrás. Brenda y los soldados corrían sobre la nieve tras él, pero jamás lo alcanzarían. Podía adivinar la expresión desesperada de Brenda ante la inminencia de la caída.

entonces lo vio...

Un enorme tronco estaba atravesado cubriendo la mitad del río, desviando ligeramente la corriente. Llegaría a él un minuto más tarde.

tomó su decisión.

Se puso de pie en la piragua y la lanzó contra el bloque de hielo que portaba al monstruo.

Mort estaba arrodillado, mirándolo fijamente, resbalando sobre la superficie pulida del hielo, sujetándose a duras penas con la única mano que le quedaba.

Cuando la piragua chocó contra el bloque el mutante levantó la cabeza y Mike le asestó un brutal machetazo en el cuello. La cabeza cayó hacia adelante, se sostuvo débilmente en un jirón de piel y cayó rodando.

Mike giró sobre sí mismo y saltó hacia la copa del árbol caído encima del torrente.

La piragua y el cuerpo decapitado cayeron por la catarata para hacerse añicos contra las filosas rocas, treinta metros más abajo.

Sintió que su cuerpo se hundía entre ramas y hojas congeladas, cubiertas de nieve y luchó por sujetarse antes de que atravesara la copa y se sumergiera en la corriente que se precipitaba al abismo.

Sus pies entraron en el agua en el mismo instante en que conseguía asirse a una rama.

Trató de trepar, pero un movimiento del tronco le indicó que en cualquier momento todo el árbol seria arrancado de sus raíces y empujado por la catarata.

El sonido se hizo más fuerte y descubrió el helicóptero cuando prácticamente estaba encima de él.

Se detuvo justo sobre el árbol, y una escalera de cuerdas descendió hasta él.

Se cogió a la escala y se dejó izar.

Un minuto después estaba entre los brazos de Brenda, que lloraba de felicidad.

Sentía los pies adormecidos.

—Tengo que meter los pies en agua tibia o tendrás un marido inválido —bromeó.

Tres soldados lo alzaron y corrieron con él hasta el poblado.

El general Druger estaba de pie, junto al helicóptero, conversando con Brian y su gente.

En un extremo de la calle ardían los cuerpos de Bertley y los soldados muertos por los mutantes.

El viento, felizmente, llevaba el acre hedor a carne quemada hacia la otra orilla del río.

—Buen trabajo, Harvest —dijo el general tendiéndole la mano.

Mike observó durante algunos instantes la mano tendida y luego, sin sonreír, la estrechó brevemente.

Fin de la pesadilla —dijo mientras lo llevaban dentro de la casa para descongelar sus pies.

*

¿Qué has hecho hoy? —preguntó Brenda.

Convencerme de que debo cambiar de especialidad. Parece que el futuro de la humanidad está en manos del análisis computarizado de los restos de Carrigan y del fluido que consiguieron extraer del cuerpo del soldado muerto.

¿Alguna novedad?

Todavía no, pero el doctor Kreimer asegura que está a punto de dar con la droga milagrosa.

¿Ah, sí?

Había una cierta picardía en la voz de la muchacha.

—Así es —asintió Mike, impostando la voz imitando al viejo científico.

¿Cuál es esa dichosa droga, cariño?

Una especie de droga de la inmortalidad, un elixir que resolverá los problemas que producen todas las enfermedades, una pócima milagrosa.

¿Y tú qué crees?

Que todavía falta mucho tiempo antes de poder dar una respuesta fidedigna.

Brenda le entregó una copa de whisky y recogió el abrigo húmedo de nieve.

Mike se sentó junto al fuego, en el salón de su pequeña casa, junto al lago.

El tiempo había empeorado en la última semana y no parecía que tuviese intenciones de hacer el invierno más benigno.

La nieve cubria las carreteras y crecía junto a las ventanas formando figuras caprichosas contra la piedra exterior de los muros.

Mike encendió un cigarrillo,

preguntó.

Brenda cogió el cigarrillo de entre sus dedos y lo apagó en el cenicero.

Se sentó sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó larga y ardientemente en los labios.

—Hay una sola droga milagrosa, doctor —dijo sin dejar de besarlo, murmurando entre sus labios, alimentándolo con su aliento caliente y vital —, una única droga que ha existido desde siempre; todo lo que tenemos que hacer es descubrirla y hacerla crecer.

Mike se puso de pie alzándola entre sus brazos.

—Sí; creo que te comprendo, pequeña diosa erótica.

La depositó junto a la chimenea encendida y comenzó a desvestirla,

¿Sabes? —dijo ella, gimiendo—. Creo que formamos una pareja brillante.

F I N

Colección DOBLE JUEGO

Editorial Ceres le ofrece la colección de novelas DO¬BLE JUEGO, que es única en su genera Los mejores autores le brindan temas apasionantes mostrando que el depone es nobleza e idealismo, pero que en él caben también la violencia, ¡a sangre y la corrupción.

TITULOS PUBLICADOS

EL TRASPASO, Alex Simmons

LA GLORIA O LA MUERTE, Lou Carrigan

EL DOBLE ROSTRO DEL DEPORTE, Rocco Sarto

DERBY, Curtís Garland

CARRERA HACIA LA MUERTE, Alan Parker

CAMINO A LA OLIMPIADA, Alex Simmons

CON LOS GUANTES POR DELANTE, Joseph Berna

EL DESAFIO, Rocco Sarto

DROGAS Y... ¡GOL!, Alan Parker

EL MAKIMONO, Lou Carrigan

A BRAZO PARTIDO, Lucky Marty

¡EN GUARDIA!, Alex Simmons

DUELO ENTRE DELFINES, Joseph Berna

TIRADORES DE ELITE, Lou Carrigan

CON LA MUERTE EN LOS PUÑOS, Sven Martz

LA GRAN JUGADA, Lucky Marty

EL ALIENTO DEL KIAI, Lou Carrigan

COMPETENCIA MORTAL, Rocco Sarto

¡RIVALES EN LA DELANTERA!, Alex Sim¬mons

EL TESTIGO, Elliot Dooléy

SU PRIMER TONGO, Lucky Marty

CADA HOYO UN MUERTO, Alan Parker

PARIS-DAKAR, RAILLY DE LA MUERTE, Curtis Garland

Carrigan

JUEGO SUCIO, Alex Simmons

CARNE DE RING, Lucky Marty

INMERSION PELIGROSA, Red Walker

LA PAREJA INVENCIBLE, Joseph Berna

EL ULTIMO TANTO, Alex Simmons

EL TOUR DE LA DROGA, Alan Parker

TITULOS DE PROXIMA APARICION

¡PENALTY!, Curtis Garland

¡A TODO GAS!, Lucky Marty

LA FLECHA HUMANA, Joseph Berna

DOPPING, Elliot Dooley

GOLPE A TRAICION, Alex Simmons

EL BOLIDO ROJO, Burton Haré

PANICO EN LA CANCHA, Adolf Quibus

LA RAQUETA DE ORO, Joseph Berna

POQUER DE ASES, Lucky Marty

ISBN 84-85626-56-7

00132

9 788485 626564

EDICIONES CERES, S.A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 60 Ptas.

Impreso en España · Printed in Spain